

Péndola

SEGUNDA ÉPOCA No. 10 OTOÑO 2010 \$20.00



**IZTAPALAPA, PROTAGONISTA DEL PATRIMONIO CULTURAL,
AYER Y HOY/ ELSA LAURA OGAZ SÁNCHEZ**

**EL ARTE GRÁFICO EN LOS CARTELES DE CIRCO
ANA LUISA VÉLEZ MONROY**

SOBRE LAS HETAIRAS/ MARICARMEN RIVERA

ME LLEVÓ HASTA LA COCINA/ LESTERWOLF

LAS BOTAS DE HULE/ GABRIEL SANTANDER

**¿QUE LEEN LOS ADOLESCENTES CUANDO
NO HACEN TAREAS ESCOLARES?
MARÍA ELVIA VÁZQUEZ VELÁZQUEZ**

EL SEXO FRÍO/ MARIO VARGAS LLOSA

**VENGO A ABRIR UNA VENTANA
AURA MARÍA VIDALES**

PASAJEROS/ ENEIDA MARTÍNEZ

CRISÁLIDA/ IBET CAZÁRES

UN MUNDO ÁVIDO DE VER MÁS QUE DE LEER. **DIONICIO MORALES**



DIRECTORIO FEZ-ZARAGOZA

Dr. Víctor Manuel Mendoza Núñez
DIRECTOR

Dr. Vicente J. Hernández Abad
Secretario General

Lic. Raymundo D. García Barrón
Secretario Administrativo

Dra. Rosalinda Escalante Piego
Secretaria de Integración Promoción y Desarrollo Académico

Arq. Ignacio Zapata Arenas
Jefe del Departamento de Actividades Culturales



www.zaragoza.unam.mx

Ignacio Zapata Arenas
Coordinador General

Leonel Robles Robles
Edición

Daniel Partida López
Diseño Gráfico

Susana Campos
Secretaria de redacción

Consejo Editorial
Eduardo Nasta Luna
Ángel Rueda Díaz
Héctor M. Garay Aguilera
Aura María Vidales
Maricarmen Inés Rivera
Javier Narváez
Izrael Trujillo

Los artículos publicados en *Péndola* son responsabilidad de sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Colaboraciones e informes
Tel. 56 23 05 21
Culturalesfes-z@puma2zaragoza.unam

CONTENIDO

EDITORIAL/Ignacio Zapata/3

IZTAPALAPA: PROTAGONISTA DEL PATRIMONIO CULTURAL, AYER Y HOY/Elsa Laura Ogaz Sánchez/3

EL ARTE GRÁFICO EN LOS CARTELES DE CIRCO/
Ana Luisa Vélez Monroy/9

SOBRE LAS HETAIRAS/Maricarmen Rivera/12

EL SEXO FRÍO/Mario Vargas Llosa/15

LAS BOTAS DE HULE/Gabriel Santander/20

¿QUÉ LEEN LOS ADOLESCENTES CUANDO NO HACEN TAREAS ESCOLARES?/María Elvia Vásquez Velásquez/33

ME LLEVÓ HASTA LA COCINA/Lesterwolf/41

PASAJEROS/Eneida Martínez/46

CRISÁLIDA/Ibet Cazáres/48

VENGO A ABRIR UNA VENTANA...*/Aura María Vidales/51

TINTA FRESCA/CAIDAS DE AGUA LARGA/Leonel Robles/52

NOVEDADES EN SOLITARIO/BORRADOR PARA NO EXTRAVIAR EL VIAJE/Leonel Robles/54

ENTREGA INMEDIATA/LA INDOLENCIA: ¿UN MAL NECESARIO?/Jacqueline Morales Hernández/57

HABITOS NOCTURNOS/Luis Paniagua/59

DESDE EL MICROSCOPIO/Daniel Partida/60

UN MUNDO ÁVIDO DE VER MÁS QUE DE LEER/
Dionicio Morales

Foto portada: Jean Jacques André

Agradecemos el apoyo del Departamento de Redes y Telecomunicaciones por hacer posible la presencia de *Péndola* en la red.

Impresa en los talleres de la FES-Zaragoza.

EDITORIAL

Al llegar a este décimo número se cumple un ciclo, según nuestro sistema numérico arábigo. Es este el inicio y el fin de una primera circunvolución que da fe del trabajo, entusiasta y constante, de todos los que hacen posible este proyecto editorial que ha marcado, más que nada, el inicio de una propuesta necesaria e indispensable en nuestro entorno académico y que ha proyectado el quehacer literario en un ámbito que muchas veces es poco receptivo o no encuentra un espacio propicio para participar y para conocer lo que los profesionales de la escritura, o aquellos que se inician en la escritura producen; es tiempo también para sentirnos satisfechos con el esfuerzo realizado y al mismo tiempo tomar un nuevo ímpetu para mejorar lo que se ha hecho, reforzar aquello que tenga posibilidades de proyectarse hacia delante y hacer nuevas propuestas en la lectura y la escritura.

En esta ocasión, contamos con la presencia de plumas -péndolas– que ya tienen una trayectoria profesional y aquellas que participan asiduamente en nuestra revista como Elsa Laura Ongaz, que nos comparte su trabajo que ha realizado entorno a la delegación Iztapalapa y su patrimonio tangible e intangible; así también, Ana Luisa Vélez nos comparte la investigación que lleva a cabo sobre los payasos – ahora sobre su huella en los grabados de Mancilla. Maricarmen Rivera, con las hetairas, continúa sus reflexiones histórico filosóficas, ahora sobre pornografía, prostitutas y concubinas desde la cultura clásica griega hasta nuestros días.

Incluimos también un texto de Mario Vargas Llosa en el que reflexiona sobre el libro de Catherine Millet: la emoción y la pasión en el sexo, el sexo frío. ¿Qué leen los jóvenes en Iztapalapa? Se pregunta María Elvira Vázquez y nos muestra sus resultados en este trabajo estadístico. En la creación imaginativa, Lesterwolf utiliza el reportaje para crear un cuadro realista de lo que representa, para muchas, la experiencia erótica en las jóvenes actuales. Eneida Martínez recrea, en la fantasía también, un cuadro realista de esta experiencia. Mas que enumerar, la intención es invitar a conocer lo que este número de Péndola contiene; invitar al lector a participar del trabajo creativo de escritores y pensadores que comparten para estimular la imaginación, la reflexión, el diálogo y la construcción de ideas que nutran el conocimiento de nuestra realidad.

Ignacio Zapata Arenas

IZTAPALAPA: PROTAGONISTA DEL PATRIMONIO CULTURAL, AYER Y HOY

Elsa Laura Ogaz Sánchez



Elsa Laura Ogaz Sánchez

nado a través del tiempo. En términos más concretos la palabra es de origen latino y se refiere a todo aquello que proviene de los padres, es decir, todos los bienes que hemos heredado de nuestros predecesores.



Ilustración 1. Templo Santa María Atzahucán, siglo XVIII. Foto: Elsa Laura Ogaz Sánchez, 2010

La Delegación Iztapalapa es una demarcación rica en tradiciones, costumbres y en todas aquellas manifestaciones consideradas Patrimonio Cultural. ¿Pero qué es patrimonio? Si en este momento realizara un ejercicio de reflexión y al mismo tiempo buscara un significado o sinónimo para esta palabra podría acercarse al vocablo “privilegio”. ¿Por qué? Porque significa una herencia, un legado. Esto es lo que identifica a una cultura y a un pueblo determi-

Centrando la atención en Iztapalapa, encontramos un abundante abanico de expresiones en las que podríamos fijar la atención para entender los conceptos, que teóricos y organizaciones han definido como patrimonio y que dividen en Natural y Cultural. La Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) ha sido la principal promotora para la identificación, conservación y difusión del acervo a nivel internacional, ya que determina y declara qué sitios son Patrimonio de la Humanidad elaborando además proyectos de salvaguarda y difusión. En nuestro país rigen además las normas del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) para los monumentos y bienes muebles históricos (época prehispánica y colonia) y para los artísticos, siglo XX en adelante, las del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Tomando

en cuenta las especificaciones de las tres instituciones, Iztapalapa se distingue por poseer dentro de su territorio tanto patrimonio natural como cultural - tangible e intangible-, que refleja una cultura viva.

Un poco de historia



Ilustración 2. Chinampas en Iztapalapa, s/f. Foto: Archivo familia Romero Cárdenas, fotografía premiada en el 2 concurso de investigación comunitaria en *Tercer concurso Iztapalapa en mi corazón*, UAM, México 2003, p. 23.

Iztapalapa estaba junto con Culhuacán y Mexicaltzingo y formaban parte de una península que estaba en medio de los lagos de Xochimilco y Texcoco. Esta condición generó que los pueblos cercanos se dedicaran a la caza y a la pesca. Con ello se estableció un sistema de chinampas y de una vasta producción agrícola. De hecho todavía se cocinan recetas tradicionales en algunos de los pueblos como es el ahuate (huevo de mosco), el tlapique (tamales de tripas de gallina) y el mixmole que es un platillo lacustre. Con la llegada de la

conquista española muchas cosas cambiaron, entre ellas, la imposición de nombres cristianos a los pueblos originarios, por ejemplo aquellos que convivieron en los márgenes del lago de Texcoco hasta antes de la llegada de los españoles se llamaron en náhuatl: Tecoloxtitlpan (entre los búhos), Acatitla (entre las cañas), Aztahuacán (lugar de los que tienen garzas), Acahualtepec (en el cerro del Acahual) y Meyehualco (lugar rodeado de magueyes). Las fronteras naturales eran la sierra de la Santa Catarina, el Peñón Viejo o del Marqués, el Cerro de la Estrella y el Cerro de Chimalhuacán. A la llegada de los españoles, con la construcción de templos y la castellanización del lenguaje, sus nomenclaturas cambiaron como hoy se les conoce: Santa Martha Acatitla, San Sebastián Tecoloxtitlán, Santa María Aztahuacán, Santiago Acahualtepec y Santa Cruz Meyehualco.

Con el paso del tiempo se entubaron los canales que daban forma a las chinampas generando calzadas. La comunicación y transporte que alguna vez se hizo a través de canoas o chalupas y también por tierra a pie, a caballo, burro y otros animales con carretillas, se sustituyó por el tren eléctrico y los primeros camiones de pasajeros que hubo en el país, siguiendo por tierra firme la misma ruta de los canales y pasando por los mismos pueblos hasta llegar al centro de la ciudad de México, éstos tenían su punto de partida a un lado del mercado municipal y llegaban al Zócalo, siguiendo la misma ruta de sus antecesores. El ex presidente Francisco I. Madero preside la fiesta inaugural del tranvía eléctrico en Iztapalapa a fines de 1912. Durante el siglo XIX y principios del XX todavía se conservaban algunas haciendas como la de San Nicolás Tolentino que ahora forma parte del panteón civil de San Lorenzo, otro ejemplo de inmueble



Ilustración 3. Carnaval en Santa Cruz Meyehualco. Foto: Miguel Ángel Alemán Torres, 2010

Santa Bárbara. Esta división en dos mitades condiciona la organización de las festividades religiosas y es empleada en la organización de las fiestas del Señor de la Cuevita, San Lucas Evangelista, Martes de Carnaval, la peregrinación a la Basílica de la Virgen de Guadalupe y Las Pascuas. Pero además la delegación cuenta con 16 pueblos más, algunos se dividen en barrios, un aspecto relevante es que todos cuentan con su fiesta patronal y tienen su propia celebración. Las mayordomías juegan un papel muy importante en la organización de estas fiestas, y la comunidad en general participa de alguna manera. Incluso hay celebraciones en las que cuentan con la ayuda directa de la delegación Tienen muchos años de tradición, por ejemplo el Carnaval, que es un tiempo de festividad y desahogo previo a la sobriedad y recogimiento de Cua-

resma, la representación de la Pasión de Jesús en Semana Santa o la celebración de la Santa Cruz el tres de mayo.



Ilustración 4. Templo de Divino Niño Jesús, siglo XX. Foto: Elsa Laura Ogaz Sánchez, 2010.

Fueron los franciscanos y agustinos quienes levantaron edificaciones religiosas en Iztapalapa durante la colonia. Precisamente es en estas construcciones, algunas de ellas desafortunadamente muy alteradas, donde tienen cabida estas celebraciones. Es aquí donde se pone de manifiesto que el patrimonio tangible e intangible tiene una comunión intrínseca. El INAH tiene un registro de 14 iglesias y capillas que refieren a la época colonial, pero no hay que dejar de lado los templos que se han construido en el siglo XX y que son verdaderos representantes de una corriente estilística arquitectónica que se desarrollo en nuestro país entre las décadas de 1950 y 1970, como el templo de María Madre de Cristo ubicada en la Unidad Vi-

cente Guerrero donde se manifiesta el uso del concreto como material preponderante y el uso de paraboloides hiperbólicos, estructuras novedosas en la época. En el mismo caso se encuentra la Iglesia del Divino Niño Jesús en el pueblo de Santa Cruz Meyehualco que sorprende por sus paraboloides hiperbólicos que alojan vitrales y que culminan en una elevación que remata con una cruz en lo más alto.

Como podemos ver, el patrimonio tangible es todos aquellos bienes inmuebles que forman parte de la historia e identidad y que nos arraigan a nuestros pueblos, barrios y también a nuestras colonias, porque debemos recordar que no sólo los monumentos históricos, sino también los artísticos y buena parte de los que actualmente se están generando, forman parte de nuestro acervo visual, urbano e histórico. Muchos de ellos marcan con el tiempo hitos importantes en nuestra la colectiva y en el contexto urbano espacial que envuelve la ciudad. Un ejemplo claro es la Central de Abastos que cumple con una función transcendental en la actividad comercial del país y que fue proyectada por el arquitecto mexicano Abraham Zabludovsky (1924-2003), quien la diseñó como un polígono hexagonal deformado en cuyos extremos se localizan las entradas y salidas. Las obras de construcción se iniciaron en marzo de 1981 en un predio “Chinamperías”. Fue inaugurada en el sexenio de José López Portillo y el profesor Carlos Hank González, entonces regente de la ciudad de México, el 22 de noviembre de 1982.

Asimismo hay que resaltar que entre los sitios de mayor importancia en la delegación se encuentran El Cerro de la Estrella, declarado Parque Nacional por el presidente Lázaro Cárdenas en 1938, y que tiene gran importancia, debido a que en él se realizaba la ceremonia del Fuego Nuevo, cuyo significado es vital para los pobladores del Altiplano y sus alrededores, además fue declarado Área Natural Protegida en 1991, ya que conserva importantes vestigios arqueológicos e históricos y continúa utilizándose en diversas manifestaciones de cultura viva: las fiestas de los barrios, sus procesiones, la Pasión de la Semana Santa, las actividades recreativas e incluso renovado el uso ritual de las cuevas y la ceremonia del Fuego Nuevo o Xiuhmipilli (atadura de años).

Como vemos Iztapalapa fue y sigue siendo una delegación protagonista en el ámbito cultural. Todo el año tiene fiestas que celebrar. Conserva sus tradiciones y costumbres y con ello brindan testimonio de una existencia, de su visión del mundo, de la forma de ser y actuar de sus individuos y sociedades tanto en el presente como en el pasado, y que funcionan como testamento para las generaciones futuras.

Notas

“La cuenca del Valle de México al momento de la conquista”, (suplemento) en *Arqueología Mexicana*, sep-oct, vol. III, no. 15, México, 1995, sin página.

Abel Bonilla Pérez, *Memorias, Recuerdos y Suspiros de San Sebastián Tecoloxtltán y Santa Martha Acatitla*, LATE IZTAPALAPA III, México, 1996, p. 7.

“La cuenca del Valle de México al momento de la conquista”, *op. cit.*

La urbanización de la delegación se desarrolló en la primera década del siglo XX. Durante 1955 fue entubado el Canal de la Viga, que pasó a ser drenaje cubierto, convertido en el camino real de la Viga en Calzada. Las últimas chinampas de Culhuacán y Mexicaltzingo, que estaban junto al canal desaparecieron. *Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles de Iztapalapa*, INAH, México, 1988, p. 14.

Leonor Fuentes Gutiérrez y Fidela Rodríguez Frías, “Una visión retrospectiva de Iztapalapa” en *Tercer Concurso Iztapalapa en mi corazón*, UAM Iztapalapa, México, 2003, p. 37.

Periodo presidencial: 1911-1913.

Mariam, Salazar Hernández, *Cuadro Cronológico de la historia del Distrito Federal e Iztapalapa*, s/p, 2008.

Estos nombres son comúnmente utilizados por la población de Iztapalapa para hacer referencia a la organización territorial de la Delegación. Axocomulco (Atl-agua, Xomulco- Rincon) “En el Rincon del agua. Atlalilco” (de Atlalilli- deposito, cisterna, vivero, estanque) “En el aljibe o cisterna o estanque”. Texto tomado de: *Calendario ritual de Iztapalapa*, INAH-CONACULTA, México, s/f. (formato electrónico).

Idem

Periodo presidencial: 1976-1982.

Cerro de la Estrella, Ciudad de México, CONACULTA-INAH, México, 1993, sin página.

Idem

Fuentes:

Bonilla Pérez, Abel, *Memorias, Recuerdos y Suspiros de San Sebastián Tecoloxtltán y Santa Martha Acatitla*, LATE IZTAPALAPA III, México, 1996.

Fuentes Gutiérrez, Leonor y Fidela Rodríguez Frías, “Una visión retrospectiva de Iztapalapa” en *Tercer Concurso Iztapalapa en mi corazón*, UAM Iztapalapa, México, 2003.

Salazar Hernández, Mariam, *Cuadro Cronológico de la historia del Distrito Federal e Iztapalapa*, s/p, 2008.

“La cuenca del Valle de México al momento de la conquista”, (suplemento) en *Arqueología Mexicana*, sep-oct, vol. III, no. 15, México, 1995.

La cuenca del Valle de México al momento de la conquista”, (suplemento) en *Arqueología Mexicana*, sep-oct, vol. III, no. 15, México, 1995, sin página. *Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles de Iztapalapa*, INAH, México, 1988.

Calendario ritual de Iztapalapa, INAH-CONACULTA, México, s/f. (formato electrónico).

“La cuenca del Valle de México al momento de la conquista”, (suplemento) en *Arqueología Mexicana*, sep-oct, vol. III, no. 15, México, 1995, sin página.

Abel Bonilla Pérez, *Memorias, Recuerdos y Suspiros de San Sebastián Tecoloxtltán y Santa Martha Acatitla*, LATE IZTAPALAPA III, México, 1996, p. 7

“La cuenca del Valle de México al momento de la conquista”, *op. cit.*

La urbanización de la delegación se desarrolló en la primera década del siglo XX. Durante 1955 fue entubado el Canal de la Viga, que pasó a ser drenaje cubierto, convertido en el camino real de la Viga en Calzada. Las últimas chinampas de Culhuacán y Mexicaltzingo, que estaban junto al canal desaparecieron. *Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles de Iztapalapa*, INAH, México, 1988, p. 14.

Leonor Fuentes Gutiérrez y Fidela Rodríguez Frías, “Una visión retrospectiva de Iztapalapa” en *Tercer Concurso Iztapalapa en mi corazón*, UAM Iztapalapa, México, 2003, p. 37.

Periodo presidencial: 1911-1913.

Mariam, Salazar Hernández, *Cuadro Cronológico de la historia del Distrito Federal e Iztapalapa*, s/p, 2008.

Estos nombres son comúnmente utilizados por la población de Iztapalapa para hacer referencia a la organización territorial de la Delegación. Axocomulco (Atl-agua, Xomulco- Rincón) “En el Rincón del agua. Atlalilco” (de Atlalilli- deposito, cisterna, vivero, estanque) “En el aljibe o cisterna o estanque”. Texto tomado de: *Calendario ritual de Iztapalapa*, INAH-CONACULTA, México, s/f. (formato electrónico).

Idem

Periodo presidencial: 1976-1982.

Cerro de la Estrella, Ciudad de México, CONACULTA-INAH, México, 1993, sin página.

Idem

ANESTESIA FINAL

Alí Chumacero

La muerte bajo el agua
y la noche navega lentamente.
Herida va mi sangre,
más ligera que el sueño
y el despertar sediento del inicial recuerdo.
Una mortal navegación a oscuras,
marítimo dolor, cristal amargo;
un estar descendiendo
sin encontrarse asido,
como un río que fuera de los pies a las manos
junto al sopor nocturno;
un tornar las cortinas de la sangre,
la boca atropellada de silencios,
como si labios húmedos
cayeran en mi huella
deletreando ausencia entre las manos.
¿Quién asciende hasta el último suspiro?
¿Quién bebe la cicuta del agua entre la muerte?
¿Quién destroza el silencio?
¿Quién en silencio vive?
Dejo flotar mi piel
a través del cristal en que me ahogo
como espejo en la noche,
más delgada mi sangre y mis nervios al aire:
esfuerzo que me hunde en lo destruido,
voraz calor que me devora.
El sonido, ah cómo sabe a río,
urdido como estrellas apenas presentidas,
resbala por la piel de mis espaldas
cuando descubro, trunco,
el tallo derrotado en que me creo;

su beso es el comienzo de la muerte,
el negro navegar
y la escala sin brazos.
Me hundo en un océano de yodo;
sabor de invierno lecho en selva de mi
carne,
cazadora nocturna,
que herida ya en su forma
descúbrese en dolor adormecida.
Así me voy perdiendo cercado en mis con-
tornos,
cercano a mi silencio
cuando navego en aguas de la muerte



EL ARTE GRÁFICO EN LOS CARTELES DE CIRCO

Ana Luisa Vélez Monroy

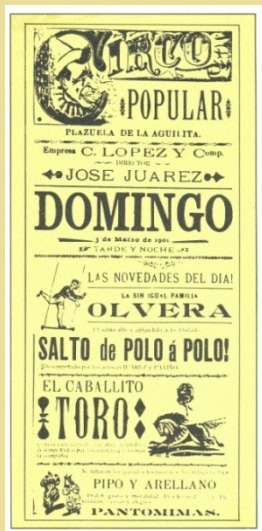


Ana Luisa Vélez Monroy

A principios del siglo XX en México vamos a encontrar una serie de carteles sobre eventos, espectáculos, obras de teatro y presentaciones de circo de la época, siendo un medio de comunicación, testimonio histórico y artístico que se ha mantenido. El cartel fue una forma de propaganda que había sido ilustrado por grabadores del momento como parte de la publicidad que se fue generando a través de finales del siglo XIX en la Ciudad de México. Su función primordialmente fue dar a conocer información, muchas veces acompañado de una serie de imágenes que lo hicieron más enriquecedor visualmente ante la óptica del espectador, las cuales van a resultar un cúmulo de significación de ideas sobre la vida cotidiana que manifestaba un contenido social, cultural y artístico. Por lo que las imágenes van a formar todo un régimen de signos, que es toda formalización de expresión específica.

Dos de los grandes exponentes de este arte gráfico son José Guadalupe Posada y Manuel Manilla. Al parecer Manilla trabajó con su hijo realizando grabados en madera y metal, así como letreros pintados para comercios, grabar sellos en goma y metal, además de diseñar estampillas y monogramas.

Aunque la producción de Manilla posee en general gran homogeneidad estilística, aparece en una diversidad de impresos, mostrando las tareas de un grabador comercial de fines del siglo XIX: ilustraciones para programas y carteles que promocionaban entretenimientos diversos, como funciones de teatro y circo, corridas de toros, peleas de gallos, etc., ilustraciones de hojas volantes y cuadernillos con cuentos y adivinanzas --- para niños, recetas de cocina, calendarios, cartas de amor, oraciones o narraciones religiosas, juegos de mesa, ilustraciones para periódicos, como encabezados, caricaturas, viñetas, noticias y anuncios comerciales; en suma imágenes para publicaciones diversas.



Así tenemos ejemplos de los Programas de Circo, como muestra de la presentación del circo popular en la Ciudad de México (1901). Aquí en la imagen se observa en la parte superior izquierda un payaso que forma parte de la leyenda circo, según Julio Revolledo en su obra *La Fabulosa historia del circo en México*, en los carteles de promoción se empleaba el nombre del payaso como figura central para la atracción del público.

En el cartel *Los payasos* (1901) del grabador Manuel Manilla vemos la presencia de dos payasos que hacen malabares y acrobacias ante un grupo de espectadores, se ubican en un espacio al aire libre lo cual nos remite a los personajes de la comedia del arte que se presentaban en la calle, plazas y espacios abiertos. En la actualidad los payasos hacen sus números al aire libre, función que sigue vigente, dígame por cuestiones sociales, económicas o artísticas.



El payaso es recibido en todas partes y se adapta a todas las condiciones, porque no tiene patria, como señala Jodorowski, es un ser libre que va y viene a través de su sensibilidad, creatividad y buen humor. Lo importante para él es ser apreciado y observado por el público.

Isidoro Ocampo es otro de los exponentes del arte gráfico en nuestro país. Plasmó un payaso como imagen representativa del cartel y a la vez nos introduce a un juego de palabras a través de las variantes de la palabra circo y de aquellas que inician con “c”, conjugado con la anuncia-

ción del espectáculo.

Este juego de mesa titulado *Circo*, es una obra realizada por Manuel Manilla, representa escenas circenses. El tema de circo y payasos fue muy frecuente durante finales del siglo XIX y principios del XX, mostrando el trabajo del grabado comercial a través de ilustraciones para programas y carteles que promocionaban entretenimientos diversos, como funciones de teatro y circo, corridas de toros, peleas de gallo, etc., ilustraciones de hojas volantes y juegos de mesa.



Bibliografía

- María y Campos, Armando de. *Los Payasos, poetas del pueblo; El Circo en México*. México, Botas, 1959. 262p.
- Revollado Cárdenas, Julio. *La fabulosa historia del circo en México*. México, Escenología, A.C., 2003. 511 p.
- Reyes de la Maza, Luis. *Circo, maroma y teatro, 1810-1910*. México: UNAM: Instituto de Investigaciones Estéticas, 1985. 419 p.

Lo próspero y opulento, y más si es exótico, y con mayor razón si además es bello, no deja nunca de seducir y agradar. (Manuel Fernández)



Maricarmen Rivera

Comenzaré este breve ensayo sobre la pornografía reconociendo dos cosas: la primera de ellas, mi acervo respecto al tema es escaso; y la segunda, consecuencia de la primera, mi mano se muestra trémula al escribir sobre algo que parecería exclusivo de los hombres (aunque, es un hecho que actualmente la pornografía no distingue género ni edad, ni para el que vende ni para el que compra). Ahora bien, no es nuestro objetivo indagar sobre los tipos de pornografía, sino más bien queremos regresar la mirada a la Grecia clásica y reflexionar la temática a partir de aquella cultura.

Tomando como base la definición etimológica de pornografía (descripción de la prostituta) mi reflexión se conducirá hacia aquellas mujeres griegas, concebidas como prostitutas y cuyo papel social fue controvertido: las hetairas.

Para comenzar hablaré de las presencias femeninas en la Grecia antigua, las cuales, desde la perspectiva de un griego, estaban estratificadas. Para adquirir una mejor visión presentaré una escueta información sobre el lugar de las mujeres griegas del siglo IV a. C. Leamos el siguiente fragmento de Pseudos- Demóstenes para tener una idea más clara.

En efecto, por una parte tenemos a las hetairas para el placer, por otra a las concubinas para el cuidado cotidiano del cuerpo, y a las esposas para engendrar hijos legítimamente y para tener un fiel guardián de las cosas de la casa. (Ateneo)

Dos de los rubros antes señalados estaban netamente delimitados. El primero, las esposas, cuyo papel resulta evidente: amas de casa y madres de hijos. Ellas tenían un lugar determinado y exclusivo dentro y fuera de la casa; como madre engendraba ciudadanos y soldados que sostenían una estructura social y política. Ello les brindaba ciertos privilegios legales, tales como: ser ciudadanas (por su vínculo matrimonial) y la superioridad por ser la madre legítima de legítimos ciudadanos. Recordemos que el matrimonio era una institución destinada a restringir el sexo en beneficio de la familia patriarcal, para ello debía haber cierta seguridad respecto a la legalidad de los hijos.

Por otro lado, estaban las concubinas, cuyas tareas eran de vital importancia para el hombre griego, pues ellas se encargaban de su atención corporal. Dicho de otro modo, las concubinas estaban destinadas al servicio y cuidado de su amo. No tenían con ellos evento nupcial, pero su presencia en el hogar ateniense era legal (aunque eran toleradas, no siempre fueron bien vistas, especialmente por las esposas).

El lugar de la esposa y la concubina tienen un reflejo actual, ello facilita su comprensión en nuestro entorno actual. Sin embargo, ¿quién era y qué hacía una hetaira? ¿por qué era concebida como prosti-

tuta?

Las hetairas marcan una excepción con diversos aspectos que la constituyen como un rostro peculiar y una voz distinta de lo femenino en Grecia. Eran mujeres extranjeras, célebres por su belleza; sin embargo, no sólo cultivaban su aspecto físico sino también su aprendizaje de artes musicales y eróticas. Las hetairas eran extranjeras con permiso para vivir y trabajar en Atenas y que pagaban impuestos y tenían cierto derecho de ciudadanía. Servían de compañía a los varones asistentes al *symposium* o banquete, o bien a algún varón que solicitara su presencia a cambio de regalos muy costosos. Regularmente mantenían relaciones duraderas con los varones por lo que no era extraño que sus gastos fueran mantenidos por aquellos que buscaban su compañía.



A partir de lo anterior advertimos que el rol de la hetaira es prioritario; sin embargo, su definición resulta tan ambigua como su misma reputación. Quizá, por esta situación exista una cierta asimilación entre la hetaira y la prostituta. Parece una tarea difícil hacer un corte tajante entre ambas, mas considero que lejos de ser una tarea difícil es innecesaria.. Analicemos los siguientes aspectos que permitirán, si es el caso, diferenciar a las hetairas de las prostitutas; después hagamos una valoración final.

1) La posición entre ellas está dada según su *status*. La hetaira es una “cortesana, señora y maestra”, era mantenida por uno o dos hombres solamente, que como hemos dicho servía de compañera en el banquete y estaba al servicio de sus deseos sexuales. Probablemente esta sexualidad ejercida de manera libre sea lo que la ha ligado a la prostitución, aunque no la implica necesariamente. La prostituta, por su parte, es la común *trotacalles* que labora en un burdel, y proporciona sexo a cambio de un pago por muchos y anónimos clientes. Entonces, la hetaira intercambiaba regalos y placer; mientras en la prostituta el trato es de sexo por pago.

Si entendiéramos la palabra pago no sólo como pago monetario y lo ocupáramos como pago en es-

pecies (joyas, regalos); entonces, la diferencia entre ellas sería sutil, ya que ambas reciben un pago. Sin embargo, aquí consideramos que la diferencia esencial radica entre el sexo que se vende y el placer que se comparte; además, en el primer caso la relación es de contrato y en la segunda es la relación es sentimental.

2) La hetaira se distingue también de las otras mujeres, esposa y madre, concubina y prostituta, por su educación excepcional, por su acercamiento al arte, su inteligencia cultivada y su conversación, características que le son propias. Recordemos que la mujer griega estaba privada de educación y del contacto con los varones, una esposa tampoco podía ser su acompañante. Sólo la mujer culta e instruida es la que recibe el nombre de compañera, esto es, hetaira.



Finalmente, cualquier mujer que aspirara a ser igual intelectual y socialmente al hombre, tendría que ser una hetaira, pues era sólo por esa capacidad por la que podría entrar en la sociedad masculina. La hetaira no contaba con la protección y respetabilidad (que por cierto no necesitaban) de la que gozaban las esposas, aunque justamente eso era lo que las excluía del contacto y la convivencia con sus maridos: el mundo de las ideas y del placer que era el *simposio*. Concedemos que mantenían un vínculo emocional con los varones, pero nunca estaban subordinadas a ellos, por el contrario les guardaban un gran respeto. Sócrates mismo se refirió a Diotima como su maestra en las cuestiones del amor. Entonces, las hetairas no eran ni esposas, ni concubinas, ni prostitutas, sino simplemente hetairas: mujeres hermosas y cultas, con las que el varón establecía un vínculo amoroso en donde no faltaba el compañerismo y el crecimiento intelectual. (Ojalá los hombres modernos encuentren pronto a su hetaira.)



Mario Vargas Llosa

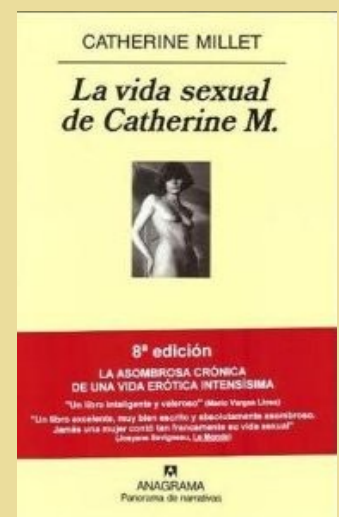
Dice la leyenda que, en su noche de bodas, el joven Víctor Hugo hizo el amor ocho veces a su esposa, la casta Adèle Foucher, quien, a consecuencia de esta plusmarca para el sexo varonil establecida por el fogoso autor de *Los Miserables*, quedó vacunada para siempre contra ese género de actividades (su tortuosa aventura adulterina con el feo Sainte Beuve no tuvo nada que ver con el placer, sino con el despecho y la venganza).

El sabio Jean Rostand se reía de aquel récord huguesco comparándolo con las proezas que en el dominio del fornicio realizan otros especímenes.

¿Qué son, por ejemplo, aquellas ocho efusiones consecutivas del vate romántico, comparadas con los cuarenta días y cuarenta noches en que el sapo copula a la sapa sin darse un solo instante de respiro? Ahora bien, gracias a una aguerrida francesa, la señora Catherine Millet, los anfibios anuros, los conejos y demás grandes fornicadores del reino animal, han encontrado, en la mediocre especie humana, una émula capaz de medirse con ellos de igual a igual, y hasta de derrotarlos, en números copulatorios. ¿Quién es la señora Catherine Millet? Una distinguida crítica de arte, de 53 años, que dirige la redacción de ArtPress, en París, y autora de monografías sobre el arte conceptual, el pintor Ives Klein, el diseñador Roger Tallon, el arte contemporáneo y la crítica de vanguardia. En 1989 fue la comisaria de la sección francesa de la Bienal de Sao Paulo, y, en 1995, comisaria del Pabellón francés de la Bienal de Venecia. Su celebridad, sin embargo, es más reciente. Resulta de un ensayo sexual autobiográfico, recién publicado por Seuil, *La vie sexuelle de Catherine M.*, que ha causado considerable revuelo y que encabeza desde hace varias semanas la lista de libros más vendidos en Francia.

Diré de inmediato que el ensayo de la señora Millet vale bastante más que el ridículo alboroto que lo ha publicitado, y, también, que quienes se precipiten a leerlo atraídos por el nimbo erótico o pornográfico que lo adorna, se llevarán una decepción. El libro no es un estimulante sexual ni una elaborada imagería de rituales a partir de la experiencia erótica, sino una reflexión inteligente, cruda, insólitamente franca, que adopta por momentos el semblante de un informe clínico. La autora se inclina sobre su propia vida sexual con la acuciosidad glacial y obsesiva de esos miniaturistas que construyen barcos dentro de botellas o pintan paisajes en la cabeza de un alfiler.

Diré también que este libro, aunque interesante y valeroso, no es propiamente agradable de leer, pues la visión del sexo que deja en el lector es casi tan fatigante y deprimente como la que dejaron en mada-



me Víctor Hugo las ocho embestidas maritales de su noche nupcial.

Catherine Millet comenzó su vida sexual bastante tarde -a los 17 años-, para una muchacha de su generación, la de la gran revolución de las costumbres que representó mayo del '68. Pero, de inmediato, comenzó a recuperar el tiempo perdido, haciendo el amor a diestra y siniestra, y por todos los lugares posibles de su cuerpo, a un ritmo verdaderamente enloquecedor, hasta alcanzar unas cifras que, calculo, deben haber superado con creces aquel millar de mujeres que, en su autobiografía, se jactaba de haberse llevado a la cama el incontinente polígrafo Georges Simenon.



Catherine Millet

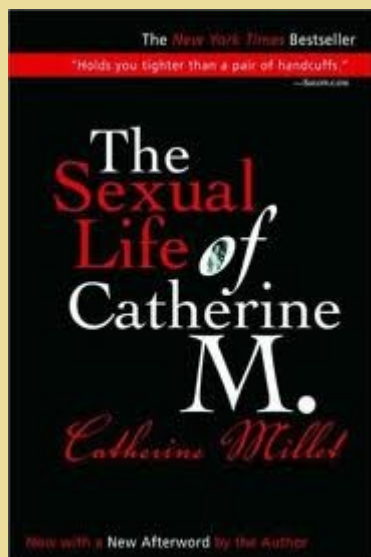
Insisto en el factor cuantitativo, porque ella lo hace, en la extensa primera parte de su libro, titulada precisamente "El número", donde documenta su predilección por los partouzes, el sexo promiscuo, los entreveros colectivos. En los setenta y ochenta, antes de que la libertad sexual no fuera perdiendo ímpetu y, manes del sida, dejara de estar de moda en toda Europa, la señora Millet —que se describe como una mujer tímida, disciplinada, más bien dócil, que en las relaciones sexuales ha encontrado una forma de comunicación con sus congéneres que no se le da fácilmente en otros órdenes de la vida— hizo el amor

en clubes privados, en el Bois de Boulogne, a orillas de las carreteras, zaguanes de edificios, bancas públicas, además de casas particulares, y, alguna vez, en la parte trasera de una camioneta en la que, con ayuda de su amigo Eric, que organizaba la cola, despachó en unas cuantas horas, a decenas de solicitantes.

Digo solicitantes porque no sé cómo llamar a estos fugaces y anónimos compañeros de aventura de la autora. No clientes, desde luego, porque Catherine Millet, aunque haya prodigado sus favores con generosidad sin límites, no ha cobrado jamás por hacerlo. El sexo en ella ha sido siempre afición, deporte, rutina, placer, pero jamás profesión o negocio. Pese al desenfreno con que lo ha practicado, dice que nunca fue víctima de brutalidades, ni se sintió en peligro; que, incluso en situaciones que se podían llamar colindantes con la violencia, le bastó una simple reacción negativa, para que el entorno respetara su decisión. Ha tenido amantes, y ahora tiene un marido -un escritor y fotógrafo, que acaba de publicar un álbum de desnudos de su esposa-, pero un amante es alguien con quien se supone existe una relación un tanto estable, en tanto que la mayoría de compañeros de sexo de Catherine Millet aparecen como siluetas de paso, tomadas y abandonadas al desgaire, casi sin que mediara un diálogo entre ellos. Individuos sin nombre, sin cara, sin historia, los hombres que desfilan por este libro son, como aquellas vulvas furtivas de los libros libertinos, nada más que unas vergas transeúntes. Hasta ahora, en la literatura confesional, sólo los varones libertinos hacían así el amor, por secuencias ciegas y al bulto, sin preocuparse

siquiera de saber con quién. Este libro muestra -es quizás lo verdaderamente escandaloso que hay en él- que se equivocaban quienes creían que el sexo en cadena, mudado en estricta gimnasia carnal, disociado por completo del sentimiento y la emoción, era privativo de los pantalones.

Conviene precisar que Catherine Millet no hace en estas páginas el menor alarde de feminista. No exhibe su riquísima experiencia en materia sexual como una bandera reivindicatoria, o una acusación contra los prejuicios y discriminaciones que padecen las mujeres todavía en el ámbito sexual. Su testimonio está desprovisto de arengas y no aparece en él la menor pretensión de querer ilustrar, con lo que cuenta, alguna verdad general, ética, política o social. No, por el contrario, su individualismo es extremado, y muy visible en su prurito de no querer sacar, de su experiencia particular, conclusiones válidas para todo el mundo, sin duda porque no cree que ellas existan. ¿Por qué ha hecho pública, entonces, mediante una auto-autopsia sexual sin precedentes, esa intimidad que la inmensa mayoría de hembras y varones esconde bajo cuatro llaves? Parecería que para ver si así se entiende mejor, si llega a tener la perspectiva suficiente como para convertir en conocimiento, en ideas claras y coherentes, ese pozo oscuro de iniciativas, arrebatos, audacias, excesos, y, también, confusión, que, pese a la libertad con que lo ha asumido, es para ella, todavía, el sexo.



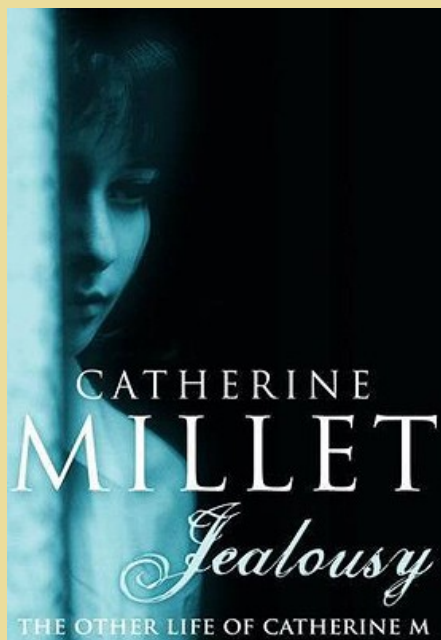
Lo que más desconcierta en esta memoria es la frialdad con que está escrita. La prosa es eficiente, empeñada en ser lúcida, a menudo abstracta. Pero, la frialdad no sólo impregna la expresión y el raciocinio. Es también la materia, el sexo, lo que despide un aliento helado, congelador, y en muchas páginas deprimente. La señora Millet nos asegura que muchos de sus asociados la satisfacen, la ayudan a materializar sus fantasmas, que pasó buenos ratos con ellos. Pero ¿de veras la colman, la hacen gozar? La verdad es que sus orgasmos parecen con frecuencia mecánicos, resignados, y hasta tristes. Ella misma lo da a entender, de manera bastante inequívoca, en las páginas finales de su libro, cuando señala que, pese a la diversidad de personas con las que ha hecho el amor, nunca se ha sentido tan realizada sexualmente como practicando ("con la

puntualidad de un funcionario") la masturbación. No es, pues, siempre cierta, aquella extendida creencia machista (ahora ya esta adjetivación es discutible) de que, en materia sexual, sólo en la variación se encuentra el gusto. Que lo diga la señora Millet: ninguno de sus incontables parejas de carne y hueso ha sido capaz de destronar a su invertebrado fantasma.

Este libro confirma lo que toda literatura confinada en lo sexual ha mostrado hasta la saciedad: que, el sexo, separado de las demás actividades y funciones que constituyen la existencia, es extremadamente monótono, de un horizonte tan limitado que a la postre resulta deshumanizador. Una vida imantada por el sexo, y sólo por él, rebaja esta función a una actividad orgánica primaria, no más noble ni pla-

centera que el tragar por tragar, o el defecar. Sólo cuando lo civiliza la cultura, y lo carga de emoción y de pasión, y lo reviste de ceremonias y rituales, el sexo enriquece extraordinariamente la vida humana y sus efectos bienhechores se proyectan por todos los vericuetos de la existencia. Para que esta sublimación ocurra es imprescindible, como lo explicó George Bataille, que se preserven ciertos tabúes y reglas que encaucen y frenen el sexo, de modo que el amor físico pueda ser vivido -gozado- como una trasgresión. La libertad irrestricta, y la renuncia a toda teatralidad y formalismo en su ejercicio, que ha sido presentada como una conquista en ciertos enclaves del mundo occidental, no han contribuido a enriquecer el placer y la felicidad de los seres humanos gracias al sexo. Más bien, a banalizar y cegar, convirtiendo el amor físico en mera gimnasia y rutina, una de las fuentes más fértiles y misteriosas del fenómeno humano.

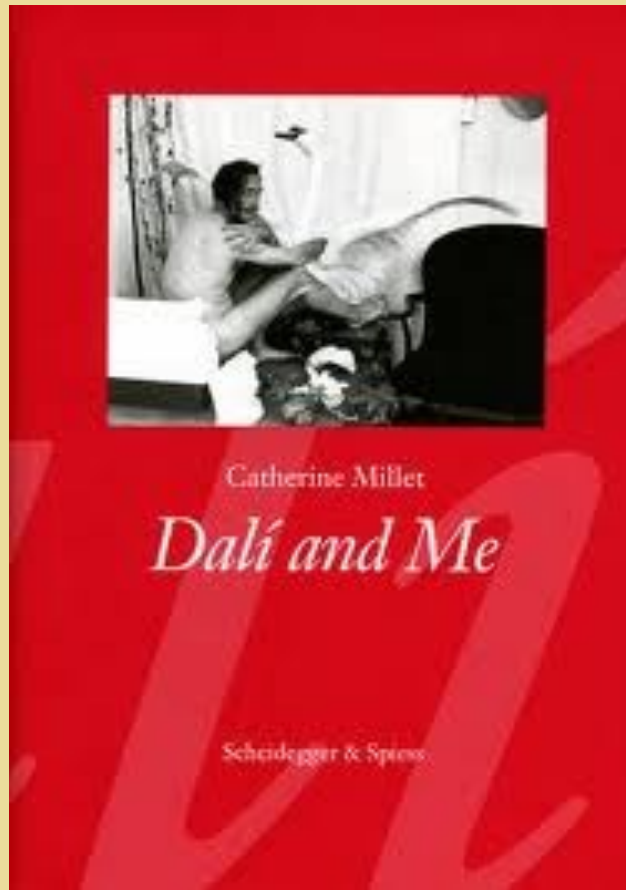
Por lo demás, conviene no olvidar que esa libertad sexual que se despliega con tanta elocuencia en el ensayo de Catherine Millet es todavía el privilegio de unas pequeñas minorías. Al mismo tiempo que yo leía su libro, aparecía en la prensa, aquí en París, la noticia de la lapidación, en una provincia de Irán, de una mujer a la que un tribunal de imanes fanáticos encontró culpable de aparecer en películas pornográficas.



Aclaremos que "pornografía", en una teocracia fundamentalista islámica, consiste en que una mujer muestre sus cabellos. La culpable, de acuerdo a la ley coránica, fue enterrada en una plaza pública hasta los pechos, y apedreada hasta la muerte.

La vida sexual de Catherine Millet sexo al por mayor, sacudió al público francés cuando fue publicada en el 2001, hasta antes de ese avistamiento a la alocada e insaciable vida sexual de Millet, todo el mundo la conocía por ser una autoridad en el arte, una experta en la obra de Dalí, la triunfadora directora de la revista Art Press, una crítica de arte respetada, una persona conocida por su conocimiento del arte, pero al final una mujer a la que seguro tras esas cualidades de crítica y escritora de arte, el público estaba muy lejos de pensarla en su vida sexual.

Pero bueno el sexo forma parte vital de la vida de cualquier persona, y no es que sea algo del que el mundo se asustaría conocer. El escándalo ha brotado de su biografía "La vida sexual de Catherine Millet", a donde Millet nos cuenta ya su admiración por "Historia de O" y seguro que su propia vida no anda lejos de experimentar el sexo como su libro preferido. A lo largo de su novela si podemos llamarla así, Millet nos regala una dosis interminable de sexo, un sexo al que se ha dedicado con entusiasmo desde su juventud, un sexo eso sí, sin valoración alguna, un sexo para darle satisfacción al cuerpo, para experimentar, para sacarse el lado carnal, y en ninguna parte vemos que fuera un sexo que le gratificará más



Con un desenfado un tanto desvergonzado Millet, ya nos traslada sus gustos sexuales, el sexo anal por el que parece sentirse inclinada, y vaya de experimentos sexuales, posiciones y compañeros de jugarretas no siempre de cama claro está, que Millet se ha sentido cómoda en casi cualquier lugar. Una revelación o una confesión sexual de Millet para conmemorar sus 50 años, y 50 años de llevarse el sexo con tal gusto y con tantos compañeros da para algo más que 200 páginas, de recuento de escenas sexuales, le ha dado gozo a su sexo con apasionado entusiasmo.

Al final, no vemos en el libro nada más que eso, un recuento de su sexualidad demasiado activa, con un sinfín de gente, ya famosos que perfectos desconocidos, en solitario que en tríos, y hasta orgías en grupo, que a ella parece no haberle atemorizado nada. Nada de feminismo militante olvidarse de ello, que Millet no está reivindicando nada, pornografía nada más, pareciera que Millet quería emular sus relatos porno favoritos. Ya les digo, un libro que te lees por curiosidad, al final no te dejará más que una mirada sorprendida de la sexualidad irrefrenable de la autora.

*Texto tomado de las Obras completas, de Mario Vargas Llosa

LAS BOTAS DE HULE

Gabriel Santander*

En general, vivir, significa estar en peligro.

Nietzsche

Ezequiel Amézquita, presidente de envases Prisma, había pedido a la servidumbre que hiciera una selección de quesos, combinados atinadamente con los vinos de Girona; ordenó que tuvieran a mano digestivos y agua mineral. Los había citado a las siete de la tarde, a la bahía crepuscular que no es ni dulce ni salada. El hablaría poco, escucharía las predecibles confidencias de Aaron Salgado y Heriberto Lugones a quienes trataba de don bajo un ingenioso tono de desprecio. Ciertas irregularidades, líneas globa-



Gabriel Santander, segundo de derecha a izquierda

les para las plantas fuera de Monterrey, alguien que debía de ser sustituido. Lo peor de todo no era la hora de la cita, sino el día, era domingo.

Su mujer había tomado un avioneta privada a Houston, para renovar su vestuario, colección ligada a los clásicos sastre Chanel dos piezas, cuyos cuadros hacían de su culo un espectáculo esmerado y turbador en los desayunos de beneficencia. Amézquita pensó en el trasero de su consorte y dibujó en su cara una sonrisilla inescrutable. Se aburría, apenas eran las cinco de la tarde. Vestía un traje de raya de gis y una resuelta corbata estampada con palitos de golf. En la colonia Girasoles, en una de las residencias más pretenciosas en San Pedro Garza en la capital de Nuevo León, había una temperatura de 37 grados centígrados a la sombra. En la mansión de los Amézquita habían instalado el aire acondicionado hasta en los cuartos de servicio. La bandazos promedio era de 19 grados, a la baja. Todos los visitantes coincidían que fuera la época del año que fuera, ahí siempre hacía frío.

Su mujer más que mala era indiscreta. No sabía qué hacer con la información que la vida le daba. Iba dando tumbos, acompañada de exclamaciones y ronquidos como una chismosa apedreada por el pueblo. Un día leyó en algún libro de máximas francesas:

“A la madre de tus hijos hay que amarla como a nadie”.

Qué difícil. Ahora eso no tenía importancia. Las balas de las armas eran lo que más le emocionaban. Los tiros eran abstractos, o no existían, eran armas de vitrina. El cañón de una Beretta 92 era golpeado contra una copa de coñac cuyo tamaño recordaba aquellas usadas para coleccionar cerillos sobre la barra de antruchos, lugares que hace mucho había dejado de frecuentar. Dejó el salón, cuando subía las escaleras sobre sus párpados sintió la agresión de la luz filtrada por el enorme vitral que había diseñado la señora con imágenes bíblicas, sólo del Nuevo Testamento, el *mood* familiar a los suburbios regiomontanos de gente bien. Al pisar el último peldaño se preguntó:

¿Ezequiel, quién te fastidia más?... ¿la familia de sangre o la familia de la industria, o sea, mis siervos? Da lo mismo, hijos de puta, ambos.

Sintió que faltaba mucho tiempo para su cita. Los jardines de la residencia eran cepillados por Everardo el jardinero, coahuilense de pocas palabras y aceptable disciplina para una generación marcada por el narcomenudeo, el nihilismo y los reality shows. Imaginó que barría con una escoba de brea un castillo abandonado. Así percibió el instante.

Repentinamente estaba, de camisa blanca y corbata con palitos de golf, frente a los espejos del tocador que eran dos flamings Chipendale. Notó algún polvo en los perfumes. Eran de ella, comenzó a tocar las botellas Guerlain, inconfundibles. Allí estaba formada la familia de perfumes que según ella había rastreado desde 1828: Eau de Cologne Imperiale, Bouquet de Faunes, Mitsouko, Shalimar, Coque D'Or, Fleur de Feu, Chant D'Aromes, Chamade, Papure, Jardins de Bagatelle, Nahema, Samsara, Heritage, Petit Guerlain, Champ-Elysees, L'Instant de Guerlain, Insolence. Humedeció el lóbulo izquierdo con la esencia olorosa a clavo tostado. Era el preferido de su mujer, Mitsouko. Lo hacía frente a todas las motivaciones del maquillaje y el cielo de la sugestión: un espejo.

Los ojos eran almendrados; deslizada la sombra por los párpados, esos ojos ahora falseaban vidrios y aceitunas. Pena de la transfiguración, pero él también tenía derecho. Se avergonzó del leve temblor en su mano cuando untaba en las pestañas esa grasa oliente y negra, un vino espeso para los ojos. El bilé y el brillo. Sus labios rojos como tunas de sangre. Entonces don Ezequiel Amezcuita descubrió por medio de la luna del tocador algo enajenante y feroz: era hermoso.

En la alcoba, antes de acostarse, una noche su esposa dijo: “podré tener muchas cremas Orlane, inspiradas en Oriane, duquesa de Guermantes según me chismeó un profesor, pero la Pond's es la única que de verdad sirve para quitar el maquillaje”. El comentario que en ese momento le pareció de una frivolidad brutal ahora resultaba muy valioso. Veía el frasco de la crema S sobre el tocador y disminuía su inseguridad, el desmaquillante era su lámpara mágica hacia a la normalidad, que apenas comenzaba a extrañar.

Su cara era de un efebo entrecano. Igual que si fuera una medalla, se colocó el collar Tiffany de traviosos delfines que él mismo le obsequió. Luego encontró el barniz de uñas, las iba pintando con habilidad y susurrando una canción de Rod Stewart que creía olvidada. De nuevo, a través de la luna, vio el enorme colchón matrimonial que en ese tiempo muerto reconoció como un gran bombón frígido. Los espe-

jos del vestidor, lo multiplicaban y acrecentaban su inédita hermosura. El reflejo de cuerpo entero lo angustió: el traje Paul Stuart de lana seda y la corbata estampada con palitos de golf. Pero la cara, nunca pensó que fuera tan bonito. Sonó la chicharra de la puerta exterior; porque ya se había olvidado de ellos y que tenía una cita de negocios. Cinco de la tarde en punto marcaba el Certina que rodeaba su muñeca, velluda y olorosa de Mitsouko.

Cuando abrió el frasco de crema y comprobó que estaba totalmente vacío se sintió perdido como nunca. El agua del lavabo sólo lo transformó en un *clown* sin chiste.

Se quitó el reloj y los zapatos sin saber por qué. Corría del baño a la luna y de allí a la ventana. Imaginó de pronto que Ezequiel Amézquita sería corrompido por las lenguas. Se comentaría que él, el dueño de envases Prisma y uno de los más importantes empresarios del país, era afeminado o maniático sexual o que comenzaba a volverse loco por tantas presiones y por tanto dinero. Insistía necia, cruel, la quemante chicharra.

Sin mediar razonamiento lo invadió un donaire: “Yo soy el más rico, Lugones no sería capaz de reírse, menos Nicolás de la Garza. Mis facciones tejen el poder, soy el poder. Así bajaré.”

A media escalera reculó. De nuevo, atemorizado, trató de borrar el maquillaje con pañuelos desechables y borlas de algodón.

Fue sorprendido por el vicepresidente y gerente de envases Prisma, en la alcoba, frente a los flamings, por medio de la luna los vio acceder.

—Don Ezequiel... creímos que algo malo sucedía... ¿no importunamos?

—¡Váyanse!... No, mejor cierren la puerta.

Por un raro afán de indivisibilidad Salgado y Garza también se responsabilizaron de la pintura.

—¡Chingué uste a su madre Lugones y usted también Nicolás de la Garza... con ese pinche nombre de municipio!

Lugones comenzó a lloriquear igual que una dama incisa. Tal vez por ver el arco iris en el rostro del presidente. De la Garza lo consolaba, entre llantos confesó que él también, en el privado de su despacho se delineaba las cejas. El sí los veía cara a cara, ellos no, a pesar del impulso de masacrarlo con la vista. La servidumbre escuchaba fragmentos de la discusión. Envases Prisma vivía una crisis de máscaras.

Los criados al escombrar y descubrir que el traje del señor olía al perfume de la señora y al recoger las boquillas marcadas con bermellón, hablaron de embriaguez, de pérdida de facultades mentales, de una consecuencia por estar alejados de dios. No se hablaba de otra cosa, incluso les angustiaba que se agotara el tema.

A lunes siguiente, desde la habitación, reconoció entre las persianas que Camelia andaba en la alberca esmeralda. Salió chorreando agua y se cubrió la espalda con una toalla. Oculto la observaba su padre. Percibió sus muslos maleables, el vello púbico transparentado por el agua, de nuevo el vértigo, obstinadamente trató de recordar el olor del oro y cuanto sería capaz de acumular. Pudo restaurarse. Los

marasmos dañarían su destino. Afortunadamente el tiempo estaba de su parte, era lunes. Pronto sería otra vez don Ezequiel Amezquita.

Tomó su cartera. En un compartimiento introdujo pestañas falsas, de su mujer, en el otro, la mejor tarjeta de crédito. Ese lunes, a media noche, iría a un cabaret.

II



Gabriel Santander

¿Pero a qué putero de mierda podía ir un lunes en Monterrey?

Era de noche y llovía, era octubre y el cielo comenzó a hacer agua desde las seis. Mandó a su casa al chofer y él mismo condujo. Era una lluvia, a ratos, con un aire de huracán. Era natural que se preguntara quien diablos pudiera andar de fiesta con un clima de perros y en un comienzo de semana tan anticlimático. Pero la noche tiene un alma más allá del tiempo. Así condujo, así lo pensó, era necesaria una reflexión brava y alentadora para descender del auto, frente al Bardahl, él mismo convertido en madame Justine. En la universi-

dad había leído la historia de las dos hermanas, Juliette y Justine, el libro lo había devorado no tanto por admiración al Marqués de Sade como por levantar en él la culpa ética de quien todo lo tiene y de quien nada tiene más que su interminable desgracia. Se vistió y maquilló minuciosamente, en el privado de su oficina, con la ropa y la peluca que mandó adquirir con el chofer de la mañana; dijo que el ajuar era para el Halloween de sus hijos, argumento que dejó al empleado de incomprensible buen humor. Lo único que llevó de casa fue un taparrabo de encaje.

Antes, en la puntual junta del lunes, Nicolás de la Garza llegó con las cejas más delineadas que nunca y Lugones más opacado que las semanas pasadas, ya de por sí disminuido por rumores y por su propia inseguridad. Como si se prepara para la actuación nocturna, el Presidente de Prisma se comportó belicoso y en los últimos minutos soberbio, qué pinche diva pensaron los vasallos.

El Bardahl estaba en San Juan, a un costado de la carretera 91, hacia Reynosa. Un foco rojo, igual que un cliché cinematográfico, amenazaba en la puerta. Más arriba de una mampara se sostenía un neón:

Bardahl 100 % adictivo.

Las puertas eran de piso a techo, lerdas y crujientes, como si hubiera que hacer un esfuerzo para lanzarse dentro. No era para menos. Adentro, salvo ciertas ocasionales goteras, se desplegaba otro mundo. Aquí la tormenta era de otro tipo. Discusiones, exclamaciones, cruentos brindis, las risas y las lágrimas milenarias de Sodoma.

Habría que decir que don Ezequiel, como empezaba a ser costumbre, se veía bien. Los parroquianos vieron entrar a una mujer cuarentona quizá demasiado o mal maquillada pero que llamaba la aten-

ción por su garbo, su andar despacio pero a lo seguro y una peluca inamovible que hubiese sido la envidia de Doris Day. El vestido era obvio, de lentejuelas negras, aunque bien pensado por el escote del que asomaban dos tetas artificiales y perfectas. Además, nunca sería reconocido, ni siquiera por su madre, que ya había enterrado, maldecido y hacía poco perdonado. Su esposa e hijos eran en lo que menos le interesaba pensar. De hecho, después del pavor al hacer su entrada, una vez instalado en una mesa, comenzó a acoplarse y a fluir.

Cuando llegó había en el Bardahl una pesada euforia, producida por el éxito bailable El payaso del rodeo. El presidente de Prisma pidió una cerveza:

—Una Corona, por favor -la voz salió cavernosa, como es el caso de muchas vestidas.

—Chula... ¿No te va mejor una diadema? -la mesera repetía el mismo chiste cada vez que descubría a alguien de estreno.

—Nada más la Corona por favor. —su repentina solemnidad dejó en claro que era una forastera.

El empresario se sintió incómodo, no había presupuestado la fortuna del humor. Sin embargo al terminar la canción, se anunció que a continuación estaría el clón de Estelita Nuñez, cantando los mayores éxitos. Y así fue, anodina, desafinada aun en playback. Antes de terminar su show cantó para los hombres únicos de Monterrey Bésame mucho, la versión la cantó con acento gringo lo que curiosamente la hizo solvente. Fue lo mejor de su estrafalario show. Mientras cantaba y el Bardahl se atenuaba, llegó la mesera con otra cerveza.

—Ai se la mandan... sin propina, ¿eh?

No alcanzó a ver quien era, al levantar la botella brindaron con el Presidente de Prisma, a un tiempo, media docena de hombres. No tardó en aparecer a su mesa un hombre de más se sesenta, perfectamente sobrio y con la boca en estado calamitoso. Su risa, frecuente y estúpida, era de una sinceridad desarmante.

—¿Cómo te llamas preciosa? —sonrió como excusándose por el atrevimiento.

Ezequiel Amezcuita imbécil, y tengo esposa e hijos y más dinero que lo que pudieran hacer tu familia en cincuenta generaciones trabajando de día y de noche.

—Juliett.

—¿Yu-Yu?... me encanta tu nombre y me encantas tú.

—¿De veras? -en ese momento ordenó una cuba doble, bebida que no probaba desde la adolescencia.

El nerviosismo fue dando paso al malsano deleite, así decidió llamar a lo que iba sintiendo a medida que fluía la noche. El hecho de que fuera descubierto había sido evaluado de antemano, en directo, por eso se sentía relativamente seguro, porque la posibilidad ya había sido considerada y había asegurado, hasta donde era posible “la política de los imponderables”. Política que no era otra cosa que azotar con dinero a un presunto fisgón.

El hombre sesentón, quien dijo llamarse Aurelio Martínez, comenzó a bostezar, aunque no quitaba la vista de sus tetas. El reflejo perezoso le permitió desvergüenza y mala uva.

—Como ha de tener que ordeñar vacas muy temprano, me va a permitir la mesa, espero a alguien.

Al quedar de nuevo la mesa libre se sintió como recién llegada.

Habiéndolo pensado lo olvidó hasta ese momento en que estallaba su vejiga. Se comía las uñas. Orinar era preciso. Se levantó y buscó el baño de damas. Lo encontró al fondo bajo el neón que lo anunciaba. A la entrada una de aseo, ajada y distante, le exigió dos pesos; le devolvió dos magros papelitos perfumados y grabados con ositos. Buscó un gabinete, al abrirlo una mano la jaló del antebrazo.

—Para vestidas, el baño está dentro del de hombres. —afirmó un norteco de uno ochenta, más afónico que ronco, depilado a su pesar y vestido muy Gloria Trevi.

—¿Aquí no?

—Amiga, ¿eres mensa o novata, o novata mensa, o nomás mensa a secas?

—¿Me llevas?

Mi nombre es Rodolfo, pero aquí y en otros recintos culturales me conocen como la Pavlova.

—¿Por la bailarina?

Por el perro del científico nuclear... de inmediato, cuando se acaba el perico, me pongo bien perra.

—¿Y por qué?

No pienso perder el tiempo con esa pregunta. ¿Y tú, vienes sola?

—Sí... por favor, ¿me acompañas a mear?

—Si para eso son las amigas..... ¿te llamas?

—Ju.... ¡Yu-Yu!

Por un momento, desde hacía décadas, fue dichoso y libre. Aunque sólo fue un instante (cuando al salir del baño, en paz, bien montado, la chulearon los hombres y le mandaron más cerveza con piropos “medianamente decentes”) la sensación fue tan intensa como la magnitud de su aventura. A pesar de las cervezas y de los adulterados París de noche, conservaba una parte racional que trazaba el plan de su retirada y del nunca más. Había otra parte, enganchada a la luna, que habilitaba los dislates e impulsaba a más. Sabía que la retirada no tardaría mucho, pero por el momento, la amargura de la vida diaria no tendría nada que ver con esa noche del Bardahl.

La mesera, irritada, en mal plan, regresó a entregar otra cerveza.

—Ya te dije, no incluye la propina... pinches nalgaprontas se hacen bien guey...

—Si ese es el problema de una vez te doy.

—Bueno... ¿no quieres saber quien te la manda?

—¿Quién?

—Pus ese guapo que te está diciendo salud.

Ese guapo que le estaba diciendo salud era el jardinero de la casa.

El poder es una sensación directa, excluyente, sembrada de voladeros. El la conocía e iba a sacar partido del encuentro. No lo vio así desde el principio, fue poco a poco resignándose y analizando el cómo tomar ventaja. Ante la crisis de coyuntura, así lo pensó el presidente de Prisma, lo primero era saber qué pasaba. Pasaba que él no era gay, que lo hacía por la incontrolable perversidad de su alma, que nunca, en público o en privado volvería a vestirse de mujer. Pero también veía que Everardo al menos esa noche era un ángel en camisa arremangada, mezclilla y tenis.

—¿Cuánto tarda en arreglarse?... digo, si no le molesta la pregunta.

—Tardo más de lo que te puedas imaginar... ¿Cuál es tu nombre?

—Everardo. Es que se ve preciosa, la peluca, qué bien le va.

—¿Y tú Everardo, a qué te dedicas?

—A buscar con quien pasarla bien.

—¿Eso es un oficio?

Jardinero, de pinche casa rica, ya sabe.

—No, no sé... pero habrá algo de romántico en tu trabajo.

—¿Te gustaría saber Yu-Yu?

—¿Escuchaste mi nombre?... ¿desde cuando me hablas de tú?

—Usted perdone.

Cuando metió su mano en la entrepierna el presidente de Prisma, Yu-Yu, combinó una experiencia inédita, el llanto con la excitación. Apretó la mano de Everardo, a un movimiento resuelto y delicado, y le dijo recordando lo peor del cine nacional, bésame. Entonces se besaron y el empresario millonario sin que fuera visto, lloraba.

Acaso lo nieguen las feministas, pero hace falta ser mujer para nunca olvidar que si lloras termina mal tu maquillaje. Con todo, Don Ezequiel Amézquita confirmó que nada hay de ridículo en un travesti, al contrario, las fuerzas de la transgresión se agrupan de tal forma que un poder más real que el otro invade de certidumbre los apartados ambientes donde se explaya enérgico lo andrógino.

—Vamos a mi casa.

—¿Dónde vives?

—No muy lejos... ¿cuántos años tienes?

La pregunta de la edad vino acompañada por una temblorosa caricia que regaló al jardinero. Aún antes de terminar la caricia se preguntó: ¿Hasta qué punto estaba dispuesto a llevar esta farsa tan resbaladiza?

Ahora iban en un taxi que olía, por gusto del orgulloso conductor, a desodorante de vainilla. Ezequiel Amézquita comenzó a preocuparse de verdad, por la dirección incierta, por la actitud del jardinero que ya no sabía si era tierno o si fraguaba un secuestro express.

—Desgraciado, ésta no es tu casa... ¿o sí?

—Soy el jardinero de la residencia.

—Y tus patrones... ¿no dicen nada?... ¿cómo son?

—Son como son. —apurado trataba de llegar a las bragas, aun de pie afuera de la residencia de la familia Amézquita.

—Qué casota, se ve que tienen buen gusto.

—¿Te parece?

—¿Me vas a dejar aquí afuera? —dijo divertido, risueño, lleno de rencor por su vida aburrida de siempre, aunque había un miedo que lejos de desaparecer vociferaba al fondo.

El colmo era que ni llave cargaba. Le hizo descalzarse sus tacones y le mostró los movimientos para trepar y luego brincar, intrusión que él secundó.

Cuando trepaba, el jardinero le vio los huevos a don Ezequiel, visión que tomó a broma nortea y pelada y su conquista, al principio nerviosa, rompió a carcajadas al tiempo que caía dentro del jardín.

—Qué pinche casota, tus patrones han de ser bien tranzas.

—Sí... y el güey se ve que ya ni se coge a su vieja.

—¿De verdad?... ¿Adónde me piensas meter?

—A mi cueva, ¿dónde más?

La invitó a pasar a su cuarto, una habitación que formaba parte de un conjunto de teja y adobe al fondo de la floresta, tras un tapiz de helechos, campanas y heliotropos. Dominaba al jardín la emoción del hueledenoché.

No supo el empleado con quien se había metido. Ya tarde, a media voz, después del sexo, le pidió que le sobara los pies. Lo hizo con cariño y don Ezequiel pensó que su cuota de humildad había quedado cubierta hasta la tumba. Escapó cuando los pájaros cantan huye reina, huye, que tu reino y el reinado aún peligran.

Al otro día, Everardo, el jardinero, se levantó con una cruda atroz y con la víspera desdibujada. El empresario, temprano, antes de la siete, habló con su esposa y ella le dijo que qué caso tenía vivir juntos, si ella se la pasaba en el club o de compras y él en el trabajo. De manera extraordinaria, Ezequiel fue comprensivo, por poco tierno. Su mujer entonces pensó que a lo mejor, o a lo peor, no era tan infeliz como ella creía. Cuando Romualdo, el chofer, le abrió la puerta del automóvil para llevarlo al corporativo el jardinero barría la hojarasca, se vieron unos a otros sin sospechar siquiera que en uno crecía la soberbia y en el otro el amor.

Pasaron semanas sin que nadie sospechara sobre la magnitud de la aventura. Everardo, las noches más de la semana, no faltaba al Bardahl, ilusionado con encontrarse a Yu Yu, la vestida que había amado a un hombrezote como él, en la cama, vestidos, a medio vestir y desnudos. Por su parte don Ezequiel había capitalizado la experiencia, así lo hacía con todo. Como si no lo fuera, se hizo imperioso, vertical y a veces toco, la mayor parte del tiempo surtiendo de ironías y malos presagios a la humanidad.

En casa llegó a preguntarle a su vieja (ahora así llamaba a su esposa frente a los demás y a ella misma) cuánto ganaba la servidumbre y en especial el jardinero....

—¿Cómo se llama?

—Everardo. Poquillo más del sueldo mínimo más casa y manutención.

—Pues le pagas mucho, huevones que han de ser.

Don Ezequiel creía que después, el peor escenario que podría presentarse sería verse descubierto vestido de mujer. No sabía que se presentaría algo menos teatral pero mucho peor. Su hija Camila era buena estudiante aunque adicta a los estimulantes de todo tipo. Su hija Camilia no era tonta, no era fea, era sí, algo putica.

Una vez llegó a casa borracha y se le hizo fácil cogerse al jardinero que a media noche, corpulento y sugerente, limpiaba la alberca. Everardo trató de convencerla, muy decente, que no era buena idea. La hija del empresario lo mandó a la chingada y luego lo besó, fue un besar temerario, oscuro de voladeros, sin salto atrás.

—Como me calientan tus pinches botas de hule —dijo ella mientras miraba donde iban a coger.

Aun con el aire acondicionado, no le cabía duda que donde acababan de coger era una pocilga. Cuando se vestía, menos ebria e igualmente cínica, reconoció que debajo de una veladora sobresalían unos encajitos familiares color arena. Ella podría desconocer amigos y familiares pero no a sus bragas.

Los hechos sucedieron así: don Ezequiel, en el temporal rol de Yu Yu, vestía unas pantaletas que



Gabriel Santander

había robado a su hija, convencido de ser menos grave el delito si las hurtaba a Camelia en vez de a su mujer. La noche de amor en la casa del jardinero, se vistió apresuradamente bajo el natural temor de ser descubierto. Se montó unas bragas del mismo color que las de su hija, mismas que conservaba Everardo de una novia que desquintó, precisamente quitándole esa prenda íntima color arena. La novia, metida ahí clandestinamente como Yu Yu, abandonó la casita convencida que había torcido su vida, presentimiento que en lo que toca al novio era en todo correcto.

El jardinero no pudo corregir el traspie pues dormía al nivel que nos hunde el alcohol y el desgo-bierno. El empresario, por su parte, se deshizo del vestuario en un baldío. Ahora, semanas después, Camelia levantaba la veladora y descubría, sin lugar a dudas, a quien pertenecían aquellas bragas.

—¿Te metes a la casa a husmear pendejo de mierda?

—Han de ser de una novia...

—¿Una novia que usa pantaletas Martin Margiela originales?

—¿Cómo?

—Que te lo crea tu abuela.

Everardo consiguió, forzando su mente e imaginación, llegar a la conclusión correcta: la olvidadi-

za de Yu Yu había dejado su ropa interior. Ahora, ¿cómo devolvérselas si Camelia se las había llevado escandalizada y en muy mal plan?

—Papá, necesito que corras al jardinero.

—¿De qué hablas? —preguntó Amézquita, tembloroso, como un niño asustado.

—¿Te parece normal que en su habitación tenga unas pantaletas que tu esposa me trajo de Houston?

—Es mi esposa pero también tu madre.

—Ahora no vamos a hablar de eso... ¿o sí?

—Hablaré con el jardinero.

—¿Tú?

La señora, retomando el alboroto, antes que nada había formulado una pregunta razonable: ¿Y tú que hacías en la habitación del jardinero? Pero no esperó la respuesta, sabía que Camelia además de putica y malcriada, era arrogante y peor, soberbia con deficiente autoestima.

La señora no había soltado el chisme del jardinero como hace un perro con los huesos. Su escrutinio la llevó con el implicado.

—¿Y tú en verdad qué haces cuando te metes a la casa?

—Soy honesto, respetuoso y trabajador, usted lo sabe perfectamente, no me puede acusar de nada.

—Si no te estoy acusando, lo que pasa es que Camelia... bueno, Camelia es buena persona pero nunca ha sabido trabajar en equipo, es egoísta y orgullosa pero de niña era tan linda, antes que nada amaba a los animales.

—No lo sé, ¿me puedo retirar? —preguntó Everardo cuando sin más la señora comenzó a gimotear y a contemplar la nada a través de una ventana que daba al prado.

En una de las juntas de cada lunes, Amézquita miraba a Aarón Salgado y Heriberto Lugones y ellos miraban su corbata. Era la cismática corbata con palitos de golf.

Su entendimiento era un desastre: comentaron que qué bonita corbata cuando al hacerlo, sabían, evocaban vergüenza y androginia. Se percataron del ripio demasiado tarde, su jefe los miraba sin pestañear, sin rencor pero con una frialdad insostenible. De golpe dio por terminada la junta y tomó camino a San Pedro Garza. Estuvo todo el día, agazapado tras las cortinas, observando la floresta y a Everardo que la cuidaba. Se hizo de noche y la familia, hijo, hija y esposa andaban como la mayor parte del tiempo, en la calle. Más tarde distinguió que Everardo salía, se veía recién bañado y bien acicalado. No había duda, iba al Bardahl.

Antes de cerrar la puerta principal, el jardinero volteó hacia la residencia, como si supiera que alguien lo observaba. Ante la probable indiscreción, el patrón dio un brinco y con una extremidad alcanzó a tirar un frasco sobre el tocador. Era uno de los perfumes. Al verlo roto sobre el mármol negro sintió una indecible pesadumbre. Pero en realidad, lo que iba a dominar resucitado el aroma del Mitzuko, era la ingobernable y santa perversión.

Como el único automóvil sin bloquear, listo para salir, era el de Camelia, tomó el vehículo de su hija y se dirigió al putero. El trapero la reconoció y le dio instrucciones para estacionarse. La saludó y le dio la bienvenida, como si la segunda visita fuera su carta de residencia.

—La otra vez dejó su carro, yo se lo cuidé, yo se lo cuidé...

Al poco rato, bajo la luz de luna que bañaba el baldío que funcionaba como estacionamiento, Everardo y Yu Yu discutían.

—No quiero saber nada más, sólo quiero que me digas dónde has estado.

—Trabajando.

—Hablas como si fueras una puta.

—Algo hay de eso. ¿Quieres ver mis calzones?

—No... no sé —Everardo mostraba justificado nerviosismo.

—Quiero que me devuelvas lo que no te pertenece.

—Es que la hija del patrón se las llevó.

—Perdóname pero no te entiendo. —Don Ezequiel gozaba con la manipulación, un placer que justificaba tanta retórica.

—Tu ropa interior.

—Ah, eso...

El aspecto que mejor truqueaba la diferencia y el travestismo era la peluca. Por eso la llevaba exageradamente bien sujeta. Antes de volver a besar al jardinero se despojó de ella, entonces Everardo comenzó a escamarse. Luego vio el Acura azul de Camelia, luego vio el rostro de Yu Yu, luego vio el neón del Bardahl, luego vio la luna, andrógina y desalmada.

—¿Todo el tiempo fui su burla? —preguntó el jardinero seguro de que venía algo revuelto.

—Perdóname, no te entiendo... ¿Qué quieres, que organice idas a Oaxtepec con las del catecismo? No por ser decente pierdo el derecho a arriesgar, a aventurarme.

—Yo no puedo estar besuqueándome con el patrón.... Porque usted es el mismo... ¿qué no? Ya vi el carro de la señorita Camelia.

—¿Y no te gustaría coger dentro?

Una vez dentro del Acura, Everardo comenzó a jadear y a repetir que la amaba, aunque fuera su patrón; que la amaba, aunque fuera cabrón. De la boca de Amezcuita no salió palabra, en cambio germinaba hacia dentro un pensamiento: esto no va a continuar. Y después del pensamiento vino un presagio de caída. Y Everardo seguía repitiendo como plegaria que la amaba. Luego le confesó que a sus afueros la llamaba Azucena, porque él como hombre del jardín sabía que era la flor hermafrodita.

Después entraron al Bardahl y bailaron cumbias, éxitos ochenteros y otras de cachetito. A media canción se besaban aunque Yu Yu no estuviera más. Estaba en la pista para cuidarse que la peluca no se moviera y para a modo de despedida registrar en su memoria el mundo abyecto.

Al acompañarla al vehículo, Everardo siguió con la cantaleta del amor y de la entrega.

Don Ezequiel conservó la paciencia, inclusive mostró algún sentimiento de simpatía. Tierra adentro su paisaje mental no incluía al jardinero, de hecho lo enterraba.

El jardinero afirmó que renunciaría.

—Será lo mejor para todos -y sin darle siquiera la mano el patrón aceleró alborotando la el polvo güero del baldío. El trapero salió tras el Acura sin lograr alcanzar la ganada propina.

Acaso el ex jardinero estaba enamorado, o se le metió como capricho, o pensó que algo así no debía dejarlo pasar, o no falta quien dice que la mano del diablo tuvo que ver. Días después Everardo se plantó afuera de la residencia y esperó al patrón. Lo interceptó al verlo salir sin Romualdo.

—Lo nuestro no puede ser, qué cursilería.

—Al menos, que nos viéramos un día... en el Bardahl.

—Dirás una noche. No lo sé, por aquí no vuelvas, y si no te das cuenta del peligro estás bien pendientejo.

Acaso símbolo, el Acura azul salió a escena cuando nadie se lo esperaba.

—Papá, ¿qué no habías corrido a ese güey?

En ese momento el jardinero sin más explicación se echó a correr sin parar. Padre e hija, en sus vehículos, se retiraron a cumplir con las obligaciones.

Everardo consiguió empleo de administrador de un reloj checador en una caseta de peaje. A veces trabajaba de noche y volvió a sentir un frío que no padecía desde su infancia en la colonia Niños Héroes en Monterrey. Una noche, camino a casa, se desvió a San Pedro Garza.

Transcurría en previsible ostracismo una cena de la empresa en casa del mayor inversionista. Cosa rara, Esteban y Camelia cenaban sentados junto a la primera fila de Envases Prisma. El ex jardinero timbró a la puerta y pidió hablar con el patrón. Romualdo, sin dejarlo pasar, habló con don Ezequiel, quien le mandó decir que no tenía nada que hacer ahí, mensaje que transmitió el chofer entregándole mil pesos que le mandaba el señor.

—Dile que me los voy a emborrachar en el Bardahl.

—Haz lo que quieras pero por aquí no estés dando lata.

—Si tú supieras canijo...

—No sé ni me interesa, pero vete y ya no vuelvas.

Aunque todos se retiraron antes de las doce, los taimados vicepresidentes salieron más o menos ebrios. Don Ezequiel era el más borracho, aunque casi no habló. Aceptó como era: con su alma era sólo un esqueleto. Dando vueltas en la cama vio el despertador que a medias podía distinguir por los cabellos alborotados de su mujer que estornudaba dormida y que como siempre, hablaba sola. Reconoció que eran las tres y media.

Despertó al chofer y le pidió que prepara su auto. En el camino explicaba sin mirarlo.

—En la ley no se puede confiar. Además, ¿para qué? Lo mejor es solucionar nuestras cosas solos.

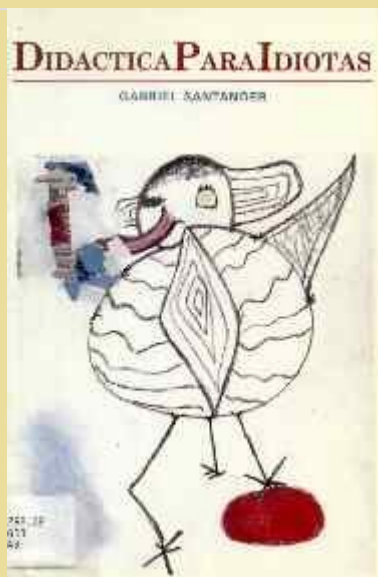
—¿Solos, quiénes patrón?

—Se nota que no entiendes nada. Bájate aquí, regrésate a la casa. Sé cómo arreglármelas solo.

Estacionado en el baldío, con más desasosiego que temor, vio salir a las 4: 37 am a Everardo Lucrecio Carreto, hijo de Músquiz Coahulia, de profesión jardinero y antes estudiante truncado de computación. Salió a buscar un taxi y encontró la muerte premeditada, pagada con cinco mil dólares, de los cuales al trapero le tocó la mitad y al sicario la otra mitad, quien aceptó porque tenía balas, cuete y la certeza de que en México nadie investiga la muerte de un don nadie. El ex jardinero al caer abatido vio la madrugada que se le venía como mortaja y acaso, ni él mismo, supo qué hubo en el fondo de su corazón, si capricho, si necesidad de afecto, si putero de burradas o si el confuso y asesino amor marcó su suerte.

A las cinco de la mañana, don Ezequiel estacionó su vehículo bloqueando el Acura de Camelia. El rocío del alba vestía un jardín.

*Por un error imperdonable, en el número No. 8 de *Péndola* apareció este cuento en forma incompleta. Ofrecemos disculpas al autor y a los lectores por este lamentable descuido.



Didáctica para idiotas, es un libro de ficción y es un libro de crítica al mismo tiempo. Con un lenguaje desenfadado y cargado de ironía, Gabriel Santander recupera su carga sociológica para analizar desde distintas aristas costumbres, hábitos, manías de los habitantes de la Ciudad de México.



El reportaje cultural, en suma, es literatura que aspira a la imperfección. Nos impresiona porque a través de él podemos ver las entrañas del que escribe: por ello, podemos desentrañar la oscuridad de la filosofía, la levedad del poema, nuestra inasible suspicacia. Agradecemos, pues, el entrañable oficio de Gabriel Santander, su desusada estirpe de unos pocos y pocas más. ¿Qué más hará Gabriel? No sé si él mismo lo sepa. Atengámonos a los hechos. El material reunido en este libro nos obliga a pedirle más. Pero ya se sabe que las y los lectores son egoístas: siempre andan a la búsqueda de su propia satisfacción. (Carlos García-Tort)

INTRODUCCION

El presente trabajo es una parte de una investigación donde se buscaba conocer las necesidades y el comportamiento informativo de los adolescentes de secundarias de la delegación Iztapalapa, para lo cual se encuestó a 2504 alumnos de escuelas públicas y privadas. De ese trabajo mayor se desprende el conocer cuáles son sus gustos de lectura y los resultados que se obtienen son esclarecedores pues de ello deriva su comportamiento social e informativo.

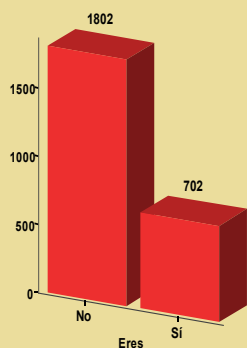
Conjuntamente se ofrece un bosquejo de los perfiles de creación de las revistas que leen los jóvenes, cabe destacar que el abanico de respuestas aquí vertidas fue el resultado de una pregunta con libertad de respuestas.

Finalmente, es importante reconocer a la delegación Iztapalapa como la más poblada del D.F. y con mayor número de adolescentes y que la población total es equiparable a la del Estado de Colima, así pues los resultados de este estudio no son sólo datos fríos, sino de importancia para conocer los intereses de los adolescentes, pues hasta la fecha no se ha realizado un estudio a esta población en específico.

INTERESES DE LECTURA DE DIVERSIÓN O ESPARCIMIENTO EN ADOLESCENTES

En el aspecto de entretenimiento trata de reflejar los gustos de lectura fuera de las tareas escolares así que las temáticas de necesidad de información quedan reflejadas en los contenidos de las revistas o lecturas por las cuales se les inquiera en este aspecto. Durante el análisis de respuesta general se tratará de dar el perfil del contenido de la lectura que se cuestiona.

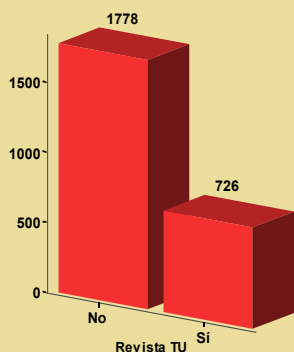
Eres



Esta revista es juvenil y al parecer representa las inquietudes más representativas de la etapa adolescente como se refleja en el perfil creado para la misma. Sin embargo no es la revista más consultada por los adolescentes, pues solo cuenta con 702 incidencias de consulta pero si se encuentra entre las más consultadas. La definición del editor se muestra a continuación “TODO LO QUE QUIERES, AL TAMAÑO QUE NECESITAS, Eres crece con sus lectoras y las acompaña en su fascinante transición de adolescentes a jóvenes adultas. Sus temas son más audaces y todos los puntos de vista caben en

su nuevo tamaño “pocket”. Es la amiga inseparable de la chica que busca nuevas experiencias: trabajo, estudios, sexualidad, belleza y vida independiente.”

Tú



Esta revista de corte juvenil es sólo consultada por 726 adolescentes tal vez, a través de otro estudio se determine que el factor de costo influye en la consulta de la misma. El editor la define y promociona de la siguiente manera: "Si hablas de ti, hablas de Tú" Publicación: Mensual. Categorías: Juvenil, femenina

Grupo Objetivo: Mujeres de 13 a 18 años NSE total. La chica **TÚ®** está creciendo y descubre poco a poco lo maravilloso que es ser mujer. Atraviesa los difíciles años de la adolescencia, pero se mantiene positiva y alerta.

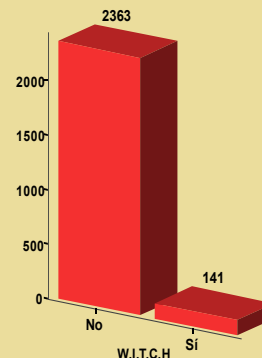
Tú es la revista amiga y cómplice de las adolescentes, que las ayuda a entender sus cambios físicos y emocionales, a resolver los problemas con sus papás, a soportar la presión de su grupo social y a definir su propio estilo de vida y personalidad."

No cabe duda que sabe lo que las chicas de esta edad necesitan para ser cool y divertida al mismo tiempo, tal vez lo que no garantiza la consulta masiva es el costo y es que en las escuelas privadas es mayor el número de chicas que la utilizan que las de las escuelas públicas

W.I.T.C.H

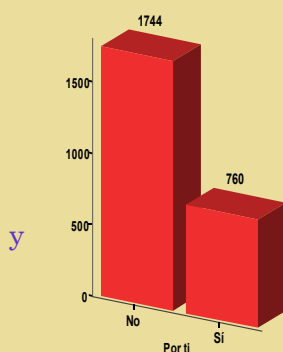
Esta revista creada especialmente para chicas adolescentes, es del tipo Comic japonés de rasgos hiper-realistas sin embargo no cuenta con gran apego según la encuesta realizada pues solo reporta 141 casos.

Su editor la define y comercializa con el siguiente concepto: "Llena tu vida de magia". "Público objetivo: Mujeres de 12 a 16 años.



Witch es una revista de cómics al estilo manga (dibujos japoneses) sobre cinco amigas que tienen poderes mágicos y los utilizan para conservar el equilibrio del universo contra aquellos que quieren destruirlo. Contiene pruebas, horóscopos, moda y reportajes de interés para las niñas modernas."

Por ti

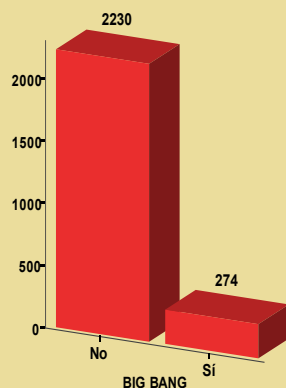


Según el análisis que se realizó de la revista se obtiene lo siguiente: Es una revista Juvenil con información relevante para las adolescentes como son los chicos estrella del momento letras de canciones y muchas fotografías del espectáculo, su consulta rebasa por mucho las anteriores pues 780 adolescentes manifestaron su consulta que es el 31.15 %, puede ser por su presentación juvenil y fresca no se debe dejar de lado el costo, 14 pesos. El editor la define de la siguiente manera:

"Bravo Por Ti"

Publicación: catorcenal, Categorías: Juvenil, femenina, Grupo Objetivo: Mujeres de 13 a 18 años, Composición editorial: Tus estrellas 40%, Discos 3%, Moda y Belleza 6%, Cine 6%, Notas 3%, Psicología 12% y secciones fijas 30%.

BIG BANG



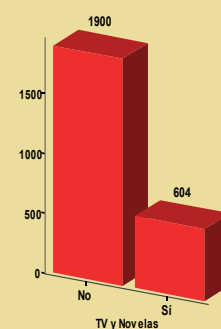
Esta revista es a diferencia de las anteriores contiene suplementos para elaborar tareas escolares, juegos de destreza comics y promociones de juguetes con una cierta tendencia educativa sin embargo solo 274 adolescentes manifestó interés en ella. El editor la define como sigue:

“Universo Big bang” Revista de publicación semanal. Composición editorial: Así su contenido se divide básicamente en comic y efectos especiales. Esta revista se dirige al público infantil y juvenil la temática es relacionada con el Comic.

TV y Novelas

TV y novelas es una revista relacionada con el comportamiento o uso del tiempo de distracción y el hecho de que sólo 604 adolescentes la revise pues no representa un gran consumo de su información, sólo el 24 % capta la atención de la antigua publicación.

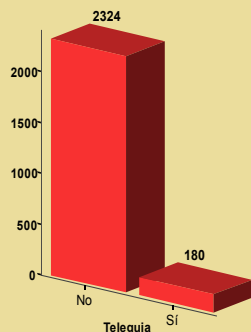
El editor la comercializa y define como: “Para conocer mejor a sus artistas, Publicación semanal, Categorías: espectáculos, Composición editorial: Noticias de espectáculo 40%, televisión 30%, Paparazzi y Programación de Televisión Abierta y cable 30%... Descripción: La emoción, el romance y el brillo de las estrellas del mundo de la farándula, se destacan con un estilo único en sus páginas. Su contenido no sólo se concentra en las telenovelas, sino que también penetra en la vida íntima de las celebridades. Todo acompañado de fotografías realmente cautivadoras”.

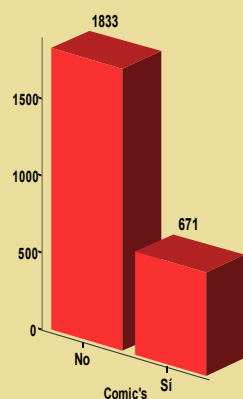


Teleguía

Esta revista al igual que la anterior, es representativa de la utilización del tiempo libre sin embargo es un producto mínimamente usado con sólo 180 incidencias que representa el 7.18% de uso a pesar de ser definida como la revista de la familia probablemente el costo o la situación del país impide su inserción en la vida familiar.

“La revista de la gran familia mexicana”, Público objetivo: mujeres de 25 a 65 años, Teleguía es una revista que ofrece la programación de la TV abierta, así





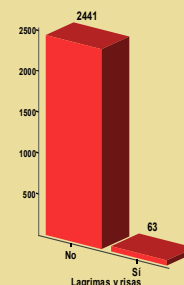
como reportajes y entrevistas exclusivas, imágenes captadas por paparazzi, recomendaciones, reseñas y columnas sobre programas y series. Presenta, asimismo, las noticias más frescas del mundo del espectáculo y la información más completa sobre conciertos, espectáculos y lo mejor de Cablevisión.”

Comics

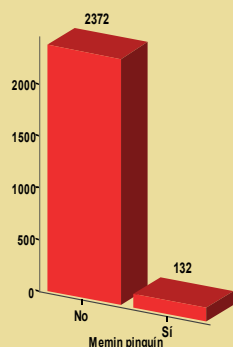
Nos referimos a este rubro pues son diversas las revistas que concurren a esta temática. Los comics son historietas de dibujos que tratan de héroes con exagerados atributos humano o superiores. Este tipo de publicación es preferido por los varones y son estos los que más reportan su consulta para su entretenimiento, con un número de asiduos de 671. No se reporta un título específico.

Lágrimas y risas

Esta revista es muy poco consultada hasta ahora representa el número más bajo de consultas. Con sólo 63 consultas representan el 2.51 %. La revista lágrimas y risas es la descripción de personajes que invitan a la gente a ser envuelta semana a semana con los amores, las lágrimas, las risas, las desgracias y las glorias de los mismos.



Memín Pinguín



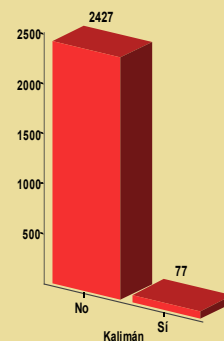
Lamentablemente sólo se reporta el uso o consulta de 132 adolescentes, lo que representa el 5.27% , pero esto puede tener una explicación clara estos adolescentes que manifiestan su uso lo hacían antes del escándalo causado por el gobierno de estados unidos y posteriormente al realizar un sondeo informal en puestos de revistas y con algunos adolescentes manifiestan pasar momentos de gran diversión con las travesuras de *Memín*, incluso narraron algunas de ellas. La reseña que ofrece el editor es la siguiente: Esta historieta trata de un “Negrito simpático de edad indefinida, mediocre estudiante de tercero de primaria. Tiene una sinceridad conmovedora y un alma sin dobleces, pero también es malicioso y hasta tramposo. Su

don: una terrible facilidad para provocar enredos a los que arrastra a sus tres amigos más cercanos... El famoso personaje de las historietas mexicanas surgió de la imaginación de Yolanda Vargas Dulché en 1947 después de un viaje a La Habana.”.

Ahora ese negrito simpático renace con nuevos bríos, producto de la discordia fronteriza con Estados Unidos y no sólo mantiene su tiraje original sino que reedita sus primeros números con gran éxito y nuevamente necesitando hacer sobretiros del reeditado primer número.

Kalimán

Al respecto de esta revista de aventuras pareciera que esta quedando en el pasado y es sustituido por los comics modernos que versan sobre destrucción y superpoderes. Y mientras no suceda un fenómeno como el sucedido con “Memín Pinguín este fenómeno Mass-media será un caso del pasado. Uso 3.07% de la población encuestada. En tiempo pasado “...capturo la imaginación de millones de radioescuchas a lo largo de mas de 20 años, muchos de los cuales además compraban, sin distinción de clase social, su ejemplar cada viernes, los mismo obreros, quienes la compartían con sus amigos, que elegantes abogados, que metían la historieta entre las hojas del Diario Oficial. Eventualmente Kalimán, dejó de pertenecer a sus creadores para pasar a la subcultura de México”.



Revistas más compradas por la familia

En este apartado se pregunta por revistas que aun cuando no son propiamente juveniles pueden ser leídas por los adolescentes al ser adquiridas por el padre la madre o los tíos, prueba de ello es la afirmación de Adriana Malvido, “Durante los últimos cincuenta años y de manera silenciosa la historieta en México ha fungido no sólo como el principal vehículo de lectura de millones de mexicanos sino que se ha convertido en el mayor negocio de las emociones dentro del mundo de la letra y la imagen impresas.

México es el mayor productor y consumidor -por habitante de historietas en todo el mundo. Repartidas por todo el país, desde los kioscos ciudadanos hasta los pueblos más escondidos, circulan alrededor de 40 millones de ejemplares de historietas nuevas cada mes, incluidos títulos que rebasan el millón de ejemplares semanales.”

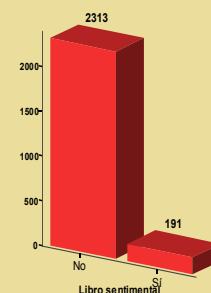
Por otro lado tenemos las afirmaciones de la UNESCO al respecto de las historietas mexicanas según analiza el artículo el auge del comic porno “Según datos de la UNESCO México ocupa el penúltimo lugar de lectura por habitante en una lista de 108 naciones con 2.8 libros leídos por año.

En contraparte, en nuestro país se venden 28 millones de historietas al año. En general el cómic mexicano resulta un negocio rentable gracias a que la Ley de Ingresos de la Federación no contemplaba el cobro de impuestos a este giro.”

Así que este estudio no se puede sustraer de la existencia de este tipo de lecturas en los jóvenes y por ende en su análisis para este trabajo.

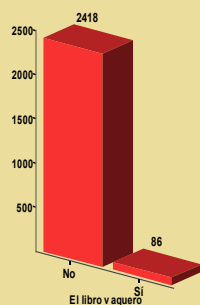
Libro sentimental

Pues tal como fue el supuesto esta revista aun cuando, puede no ser adquirida por el adolescente, es consultada ya que esta a su alcance. Las incidencias fueron de 199 de 2504 encuestados, bajo perfil pero existe en su entorno. “De esta manera la historieta se ha generalizado ha todos los ámbitos de la sociedad; amas de casa, obreros, gente de distintos niveles socioeconómicos; su mercado meta es infinito, un producto popu-



lar con 32 millones de copias lo hacen “muy popular”. El contenido de estas historietas son argumentos sencillos en donde el lector identifica rápidamente quien es el malo del cuento y quien es el bueno, básicamente se exageran las conductas humanas para identificar plenamente los defectos y virtudes de los protagonistas; todas las historias se matizan con elementos eróticos.”

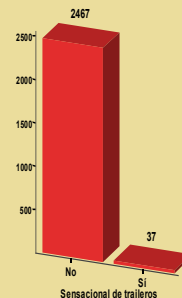
El libro vaquero



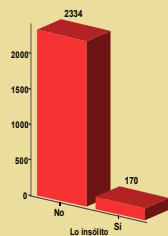
Al inicio de esta sección se dejó en claro que estas son publicaciones que aun cuando no las adquieren los adolescentes son lecturas que se encuentran a su alcance y que las leen, así pues 86 de los encuestados afirman leer o pasar un momento de diversión con esta lectura. "Publicación semanal, con casi cuatro décadas de existencia de corte erótico sexual dirigido al público masculino.

Sensacional de trailers

Esta revista, según investigación en los puestos de revistas ha dejado de publicarse hace poco menos de un año pero aun circula por reposiciones en puestos de revistas atrasadas. El corte de la revista es erótico y dirigida al público masculino. Pues a pesar de ser una revista que esta fuera de circulación si hubo respuesta afirmativa en por lo menos 37 ocasiones en la encuesta aplicada.



Lo Insólito

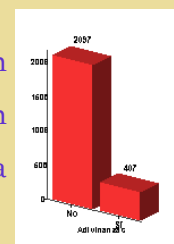


La revista que explota el morbo de los fenómenos humanos y animales. Dirigida a un amplio público y de emisión semanal.

Este periódico sensacionalista en teoría no ha sido creado para la consulta de los adolescentes, sin embargo esta a su alcance y lo asumen teniendo una incidencia de 170 adolescentes.

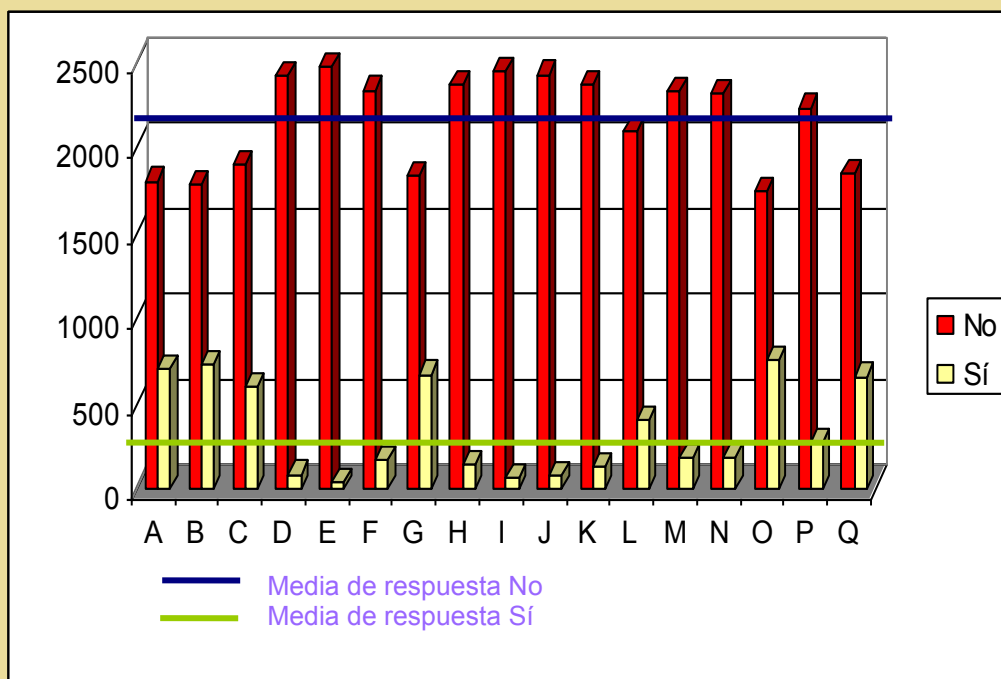
Adivinanzas

Los libros de adivinanzas tratan de elaborar crucigramas o de encontrar palabras, son de publicación diversa en cuanto a periodicidad y tal vez son los menos agresivos en cuanto contenido que los anteriores. Respecto de esta revista la respuesta afirmativa fue de 407, representando el 16% de los adolescentes encuestados.



CONCLUSIONES

La presente gráfica, muestra la relación de las diferentes revistas que se consideraron de interés en los adolescentes y que conforman el instrumento del estudio y la cantidad de encuestados que leen los diferentes tipos de materiales de esparcimiento o de adquisición familiar.



Código	Revista	Frecuencia (Sí)
A	Eres	726
B	TU	604
C	TV y Novelas	86
D	El libro vaquero	37
E	Sensacional de trailers	170
F	Lo insólito	671
G	Comic's	141
H	W.I.T.C.H	63
I	Lagrimas y risas	77
J	Kalimán	132
K	Memin pinguín	407
L	Adivinanzas	180
M	Teleguía	191
N	Libro sentimental	760
O	Por ti	274
P	BIG BANG	660
Q	Otros	726

- ¿Quién es Memín Pinguín? Redacción online. El universal online. Ciudad de México Jueves 30 de junio de 2005. En: http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=291275&tabla=notas
- El erotismo en cada esquina: el auge del comic porno. En: <http://www.puntog.com.mx/2002/20021216/REA161202.htm> (consultada el 21 de agosto de 2005)
- Familia Y Escuela : Una Aproximación Conjunta Y Sistémica a Los Problemas Infantiles / Comp. Emilia Dowling, Elsie Osborne., Temas De Educación ; 40. España: Paidós, 1996.
- Psicología De La Adolescencia. Ed. Ángel Aguirre Baztán. Bogotá: Alfaomega, 1998.
- "La Edad Del Pavo" Una Etapa Desconcertante Para Padres E Hijos." Consumer: revista.consumer.es, [3 diciembre 2004] 2000, Edición Electrónica.
- Ames, L.B. El Rorschach De 10 a 16 Años, Biblioteca De Psicometría Y Psicodiagnóstico. Buenos Aires: Paidós, 1977.
- Macías, Guido. Ser Adolescente. México: Editorial Trillas, 2000.
- Malvido, Adriana. "La industria de la historieta mexicana o el floreciente negocio de las emociones. En: <http://www.mexicanadecomunicacion.com.mx/Tables/FMB/foromex/industria.html> (consultada el 21 de agosto de 2005)
- Mira y López, Emilio. Psicología Evolutiva Del Niño Y Del Adolescente. México: Editorial el Ateneo, 1982.
- Soberanis Holguín, Manuel Francisco. "Popular o Sexual?. 12 de febrero de 2005. En : <http://codice.unimayab.edu.mx/popular.htm> (Consultado el 21 de agosto de 2005)



ME LLEVÓ HASTA LA COCINA

L e s t e r w o l f



“La sexualidad es todo lo que está relacionado con la vida en pareja. De niña no tenía la menor idea de lo que era. Mi educación fue muy cerrada, en mi casa no se hablaba de ese tema. Supe que tenía una sexualidad cuando comencé a menstruar. En esa época, mi madre me habló sobre el tema, aunque de manera muy superficial. Tenía entonces ocho años, mi organismo comenzó a cambiar a muy temprana edad” — cuenta *Graciela*.

“A los once años me comenzaron a gustar los niños, me fijé en un vecino con el que jugaba. Era el niño más asediado por las niñas, creo que eso fue lo que me atrajo, y sobre todo me gustó que se fijara en mí”.

“Cuando estábamos juntos tenía la ilusión de que fuera mi novio y me sentía muy nerviosa, porque mis padres eran muy estrictos. El niño un día se me declaró y a partir de ahí anduvimos juntos. De hecho, un día me dio un beso en la mejilla y yo me sentí morir. Con todo, no fue un noviazgo formal”.

“La sensación que despertó en mí el beso de ese niño fue similar a la que produce algo prohibido, pero en realidad fui muy tranquila en ese aspecto. De niña sólo me enseñaron a usar las toallas sanitarias, y mi madre me dijo que me cuidara. A partir de ese momento ya fui consciente de mi sexualidad. No recuerdo quién me dijo que tenía que cuidarme y que si tenía relaciones sin protección podría quedar embarazada”.

“Mis amigas sí eran despiertas en ese sentido, eran más abiertas y sabían más que yo. Yo sabía cómo era un noviazgo formal porque tenía en una hermana que andaba de novia. A veces me daba curiosidad y veía cómo se comportaban. Disimuladamente veía cuando se abrazaban y se besaban y yo sentía que algo nuevo se despertaba en mí”.

“Mi primer novio formal lo tuve a los 19 años, nos conocimos en el trabajo, era un ingeniero de sistemas que llegó a diseñar un sistema para la empresa. Yo estaba como asistente de un contador. Todos los días

él iba a las oficinas y como yo era la persona que estaba más cerca del área de las computadoras, siempre conversaba conmigo. El me gustaba, pero hasta ahí. Cuando pensé que no iba a llegar a nada con él lo dejé todo a un lado. Sin embargo, él me llamó un día. Me invitó a salir y acepté”.

“Tenía 26 años, él ese día tuvo un imprevisto y no llegó a tiempo. Según me explicó, había ido a dejar al aeropuerto a un amigo que salía de la ciudad. Lo tuve que esperar media hora. Estaba desesperada y molesta por todo, pero él me gustaba, así que lo esperé. Cuando al fin apareció, fuimos a cenar y después a bailar. Me dijo que yo le gustaba y que deseaba que nos conociéramos, pero no me hablaba con claridad. Su actitud me desesperaba, yo soy de las personas que no se andan con rodeos. Pero él siempre era así, le daba muchos rodeos a las cosas”.

“En la segunda salida, fue por mí porque ya sabía donde vivía. Me fue a buscar y salimos al cine y luego caminamos un rato. Se portó muy respetuoso, ni siquiera intento besarme, su actitud era de no mandarse ni propasarse, porque todavía no éramos nada. Su comportamiento me agradaba. Era una persona con la que podía platicar de muchas cosas, la pasábamos bien. Además era agradable, divertido, le gustaba salir, no escatimaba en nada”.

“Cuando se me declaró fue muy bonito, y por supuesto que le respondí que sí. A raíz de eso, salíamos cada fin de semana”.

“Este muchacho fue el que me dio el primer beso formal de mi vida. El besó me agradó, fue algo bonito. Cerré los ojos y tuve muchas sensaciones satisfactorias. Fue más de lo que esperaba, fue algo limpio, bonito, fue la culminación de una gran ilusión”.

“Al principio salíamos los fines de semana. Fue algo tierno. Salíamos al cine, a bailar, a caminar y de compras. Platicábamos de nosotros, de nuestra familia, pero él era algo, seco, reservado, nunca salíamos con amigos ni nada por el estilo. Parecía tímido, pero en realidad llevaba la fiesta por dentro”.



“En ese tiempo pudo conseguirse un departamento y comenzó a vivir solo. Le ayudé a cambiarse y a acomodar sus cosas. Un día me dijo que no tenía nada de comer y que su casa estaba hecha un cochinerito. Entonces le ofrecí prepararle algo y arreglar el lugar. Sólo lo quería ayudar. El me respondió que sí y nos fuimos para su departamento”.

“El sí había comprado algunas cosas para guisar. Sin embargo, cuando estuvimos ahí lo primero que hicimos fue comenzar a besarnos y el ambiente se volvió cada vez más pasional. Creo que ni siquiera me di cuenta cuando nos metimos a la recámara. Me acariciaba muy lentamente y sus

besos eran muy agradables. Nos desnudamos y tuvimos relaciones. El no me obligó a nada, porque los dos lo deseábamos. Ese día lo hicimos sin tomar precauciones y ambos lo disfrutamos”.



“Los dos dimos pie para llegar a ese momento. Como dicen por ahí, nos dejamos llevar. La relación fue placentera. Creo que él ya tenía experiencia, pero nunca le pregunté, éramos muy reservados en ese aspecto”.

“Cuando terminamos la relación sexual la actitud de él fue de ternura, de amor. Me dijo muchas cosas que en ese momento me hicieron sentir bien. El sí sabía que yo nunca había estado con nadie más, así que me dijo que me amaba, que todo había sido muy lindo y tierno. Pero no pudo negar que le daba miedo el hecho de que no nos hubiéramos cuidado”.

“Yo no tenía una expectativa de lo que pasaría en mi primera vez, en realidad sólo quería que el momento fuera maravilloso y que ocurriera cuando yo quisiera, y así fue. Esa vez estaba un poco nerviosa, se puede decir que sentí llegar ese momento. No sentí ningún dolor, fue todo agradable y no hubo nada que me sacara de concentración. Disfruté por completo la relación y ambos llegamos al orgasmo”.

“Nuestro noviazgo siguió, salíamos, íbamos a muchas partes: a bailar, al cine, incluso nos íbamos de vacaciones. Teníamos relaciones y nos cuidábamos. Nos llevamos de maravilla, él comenzó a estudiar una maestría, y yo estaba por terminar mi carrera. Nunca hablábamos de casarnos, como que se eso se daba por entendido, pero a lo mejor en el fondo los dos vivíamos bien así, sin complicaciones”.

“Él me trataba súper bien, me cuidaba, se mostraba cariñoso y amable conmigo. En ese tiempo yo planeé unas vacaciones con mis amigas y él se fue a un seminario. Él no estuvo de acuerdo con mi viaje, pero me fui. Nos vimos regresando de vacaciones, pero él comenzó a portarse muy raro. Me decía que iría a buscarme y no lo hacía o cambiaba de planes. Creo que me rehuía, estaba bastante cambiado”.

“Un día que estaba lloviendo, le pedí que me llevara a mi casa. Me respondió que sí, pero agregó que primero llevaría a una amiga y que si quería lo tenía que esperar a que regresara. Me dio mucho coraje y preferí tomar un taxi a pelearme con él. Así pasaron como tres o cuatro meses, hasta que me cansé”.

“Otro día me decidí a hablar con él. Entré a su oficina cuando ya todos se habían ido y le pregunté lo que le pasaba. Le dije que si ya no quería nada conmigo, que me hablara claro. El me respondió que deseaba que termináramos. En ese tiempo de fricciones ya no teníamos relaciones. Ni siquiera nos veíamos fuera de la oficina. Yo me sentía fatal, desesperada, deprimida, lloraba por todo. A él nunca le dije nada, no soy del tipo de mujer que se doblega ante esas cosas y menos iba a rogarle. Sólo me desahogaba con mis amigas”.

“No me dio ninguna explicación, sólo me dijo que tal vez los dos debíamos buscar otras parejas. Pero yo sabía que no tenía valor para decirme lo que realmente pasaba. En pocas palabras, encontró otra mujer, me abandonó y no quiso decirme la verdad. Pero a los tres meses volvió a buscarme, me propuso que siguiéramos, pero nunca lo perdoné”.

“Luego conocí a otro muchacho. Me lo presentaron unas amigas en una fiesta. Ese día bailamos un poco y me invitó a salir. Le di mi número y quedó de llamarme. Cuando lo hizo, comenzamos a salir. Era muy agradable y ocurrente. Como al mes nos hicimos novios. Siempre me iba a dejar a mi casa y nos quedábamos besándonos y acariciándonos en su auto. Un día me propuso ir a un hotel y yo acepté. Nunca había ido a ninguno y me dio algo de pena. Pero el lugar era discreto y pronto pasó mi nerviosismo”.

“El pidió un trago y me preguntó que si yo quería beber algo. Le respondí que no y comenzamos a besarnos. Me sentí muy bien a su lado, me daba mucho tiempo y era muy cariñoso. Fue una relación satisfactoria, me sentía en las nubes. El tenía experiencia y yo también, así que hicimos varias cosas. Yo nunca había tenido sexo oral y ese día él me lo hizo”.

“Yo tenía los ojos cerrados y de pronto sentí que andaba por mis piernas, creí que se le había caído algo y lo estaba buscando. Traté de mirarlo, pero con las manos me acostó otra vez y comenzó a hacérmelo. Fue una sensación única y plena. Quedé complacida. Él me propuso que se lo hiciera, pero como era la primera vez me dio pena y no pude. El sí utilizó protección y pasamos una tarde maravillosa”.

“Otro día sí le hice sexo oral. Estábamos en el carro acariciándonos y de pronto el me fue guiando. Yo me dejé convencer y al final no fue tan malo. Me gustó escuchar que lo disfrutaba. Todo iba normal, nuestras relaciones eran muy buenas. Me sentía muy enamorada. Llevábamos casi un año cuando una amiga me dijo que él era casado”.

“No lo podía creer y pensé que era una envidiosa. Recapacite y comencé a entender porqué a veces no llegaba a tiempo o posponía los días de nuestras citas y me quedé helada. Ese día lo esperé y cuando llegó le dije lo que sabía. Al principio lo negó, pero terminó aceptando que tenía otra relación. Me quiso convencer con el cuento de que ya no tenía nada que ver con su mujer y que se estaba separando. No se lo creí y no lo volvía ver”.

“De cualquier forma, con esa relación adquirí experiencia sexual, era muy abierta. Ambos éramos creativos, no caímos en la rutina y practicábamos posiciones diversas. Las cosas se iban dando, había confianza y ambos proponíamos nuevos juegos sexuales. No nos cohibíamos. Tener sexo oral fue placen-



tero, me gustaba hacerlo y que me lo hiciera. Nunca usamos sustancias como la mermelada o la miel, sólo una vez usamos vino”.



“También llegamos a tener sexo anal, había oído hablar de eso en mi trabajo y un día lo tuve. Es cierto que se necesita estar muy excitada para practicarlo porque si no produce dolor, pero también venden aceites especiales. En mi caso, experimentó más placer con el sexo vaginal y oral. Además, el nunca me exigía nada, en general me gustaba la relación en sí, no prefería nada en especial. Creo que ambos disfrutábamos lo que hacíamos”.

“Me sentí muy mal y comencé a salir con un amigo. Lo conocía de hacía mucho tiempo y lo único que yo quería era no estar sola. Nos empezamos a frecuentar y al final me refugié en él. Él siempre tenía un cumplido, me decía que me amaba, me trataba súper. En fin, hasta que terminé acostándome con él, pero fue una mala decisión”.

“El es una maravillosa persona, pero nada qué ver con mi relación sexual anterior, nunca pudimos compaginarnos y al final decidí dejarlo. No encontré el amor y hasta perdí su amistad. No me gustaba su manera de tratarme en la intimidad, aunque él siempre creyó que yo era la mujer más feliz”.

“En nuestra relación sólo él disfrutaba, era un egoísta. Le decía lo que deseaba, pero nunca llego a entenderme. Era tres años mayor que yo, según él tenía mucha experiencia sexual, pero conmigo no funcionó su experiencia. Me decía que me amaba, que era la mujer de su vida, pero en la intimidad siempre se apresuraba, como si el mundo se fuera a acabar. No tenía paciencia, todo lo quería rápido”.

“Cuando yo le pedía algo, no decía nada. Me complacía, pero no como yo quería, sólo disfrutaba él. Era eyaculador precoz, no sabía contenerse. Me ofrecía disculpas y otras veces yo prefería decir que también ya había terminado para no hacerlo sentir mal. En general, nunca me dejó satisfecha. Se ofendía si le decía que viera un médico”.

“Creo que para que un hombre sea un buen amante tiene que ser auténtico y tratar de comprender a su pareja. Yo no tengo ningún truco para seducir a un hombre y en una relación intento ser lo más natural posible. Me gusta que sean tiernos, románticos y caballerosos. Mi debilidad es que me acaricien la espalda. De esas relaciones que he tenido aprendí a no ser confiada y a no creer todo lo que me dicen los hombres” —finaliza.

PASAJEROS

Eneida Martínez

“Pero eres pasajero de un sueño que rueda a diario en trolebús...”

El Trolebús de *Trolebús*

Tres escalones —el inicio de la distancia entre el trabajo y su casa—, el ascenso de éstos significan el viaje a su destino. Siete monedas atrapadas en la mano sudorosa: el costo del recorrido. El camión va a reventar, en el pasillo apenas y pueden moverse los pasajeros, desde atrás es disparada una protesta: “ya vámonos cabrón, el pinche camión ya está hasta su madre”, pero el chofer tiene un blindaje contra las mentadas y los reclamos. Afuera llueve torrencialmente, los relámpagos quiebran en trocitos el cielo oscuro, la lluvia quisiera traspasar los vidrios sucios y tatuados de *grafitis*. Leandro, como puede, aferra sus manos al tubo invadido de otras manos anónimas, dedos transformados en garfios para anclarse y no caer en el momento en que al chofer se le dé la gana arrancar.



Las mentadas salen de casi todas las bocas; dardos —que ahora sí— se encajan en la dignidad del manejador de un camión que amenaza con desarmarse a mitad del recorrido. La luz mortecina hipnotiza los ojos de hombres y mujeres; la gran mayoría son obreros, criadas, secretarias, estudiantes, albañiles... y uno que otro ratero que decide no trabajar esa noche. Todos cierran los párpados. Leandro lleva puesto el overol de la “chamba”, estampado de manchas de grasa y aceite, sus manos transpiran sudor pegajoso y oloroso a metal viejo, oxidado.

Para engañar el hambre mastica un chicle sabor menta que provoca una punzada en la muela picada. El calor allí encerrado, el cansancio y el hambre compiten contra la voluntad de su cuerpo. Ni siquiera hay suficiente espacio para abrir bien las piernas y mantenerse en equilibrio; evitar que con cada brutal enfrenón caiga. “Abren las patotas como si tuvieran semejantes güevotes” se acuerda de las palabras de su esposa y sonríe. El camión empieza a moverse con pereza.

El cansancio lo obliga a recargarse en el filo de un asiento, afuera ve cómo el tránsito se convierte en una hidra que con sus decenas de cabezas monstruosas abarcan muchas calles. La mirada de Leandro se convierte en mariposa que revolotea sobre las cabezas de los pasajeros, vuela, bate alas, planea, descansa y reanuda su vuelo. Entonces la figura de alguien atrapa su volar, es una mujer envuelta por esa luz mortecina. Parece más una diosa que una simple mortal, Leandro se llena los ojos con la belleza emanada de unos cabellos dorados, piel de mármol pulido, esos senos que quisiera escapar de la blusa escotada. La distancia entre ellos es sólo de tres asientos, no puede verla de cuerpo entero pero la imaginación le ayuda a completar la imagen. Las caderas de extensión bondadosa, las nalgas turgentes entre-

tenedoras de manos, piernas exquisitas y guardianas de uno de los portales más solicitados. Leandro siente el nacimiento de una erección. La diosa responde a esa mirada que la quiere desnudar, se muerde el labio inferior, saca más el pecho como una invitación a acariciarlo mientras se pasa los dedos entre la cabellera. La mirada de Leandro se inyecta de lujuria, quiere tocarla, amasar las enormes tetas, que no pueda abarcarlas con las manos. Y para aumentar más el placer de Leandro, la diosa despoja de su envoltura una paleta que empieza a chupar con delicia; la lengua la pasa lentamente por el caramelo, cierra los ojos, y saca y mete el dulce de su boca carnosa. La diosa sustituye la paleta por el dedo índice terminado en una uña larga y de color carmín. Leandro siente su sexo que se yergue, imagina que es chupado por esos labios vultuosos, devorado lentamente, tragado hasta su raíz, sentir la punta de la lengua en la cabecita lisa, casi partida en dos. Las matemáticas nunca se le habían dado en la escuela, pero ahora entendía perfectamente los binomios y sus posibles combinaciones: paleta-glande, dulce-pene, dedo-verga...

Bendita luz mortecina, al parecer sólo él observa a la rubia, que con disimulo se toca los turgentes senos, Leandro imagina frotarlos mientras con su virilidad penetra en la entrada celestial, sí, mete y saca, saca y mete, va a derramarse, pero quisiera hacerlo en lo más hondo del sexo de pubis dorado. Él mastica, mastica, chicle que ahora sabe a pezón suave, lechoso, pezón que lo amamanta, lo ordeña con los dientes. Mientras tanto, afuera la lluvia sigue y las cabezas de la hidra-tránsito parecen, por fin, cercenadas por el filo de los silbatos de policías “tamarindo”. Y adentro, en la *caja de metal*, dos seres desconocidos se tocan con miradas lascivas, se acarician con la imaginación... Parece que la diosa está a punto de bajar, Leandro experimenta angustia pues no puede ser que todo termine así, él necesita una señal para saber que los dos gozaron. Leandro sufre. La diosa se levanta del asiento pidiendo permiso al tipo adormilado que tiene junto. Se abre camino entre las personas maceradas por el cansancio, no se baja por la puerta de atrás que le queda más cerca, sigue abriendo paso al frente. Él emocionado, necesita una señal, algo que le indique qué hacer. Una señal, como la mirada, como la paleta, como el índice en la boca, algo, cualquier señal para seguirla.

La diosa se acerca más, Leandro ahora puede verla mejor, la blusa escotada, sus enormes senos —demasiado grandes para su gusto— casi se desbordan de la prenda, su cabellera rubia oxigenada, el rostro un tanto trasnochado, ojeroso y exageradamente pintarrajeado. La diosa ahora no parece ser tan diosa. No es hermosa y ni siquiera bonita, lejos de decepcionarse Leandro sigue esperando la señal. Y sí, hay una señal, la otrora diosa pasa junto de él y le toca el hombro con su larga uña color carmín. Ella descende, él la sigue. No importa dónde baje, no importa que no llegue pronto a su casa, no importa que la diosa no sea diosa, que sea una simple mortal, común y corriente como él. Sólo importa despedazar la rutina. La otra señal; ella le da la mano —tampoco importa que esa mano se sienta algo tosca, algo callosa, algo grande— y caminan bajo una lluvia esbelta y tupida.

CRISÁLIDA

Ibet Cázares

Nací para robar rosas de las avenidas de la muerte.

Charles Bukowski

No hay mejor afrodisíaco que el perfume de las flores negras. Olvido, soledad o lágrima son algunos de sus nombres. Sus raíces penetran la tierra con la calma de quien tiene la eternidad para hacerlo. Seducen las sombras que forman sus pétalos sobre un cuerpo desnudo, la fantasía de hacer con ellas un ramo y compararlas con mi pubis, antes de descubrir que un elevado suspiro me acercará a sus cenizas. Yo busco ese suspiro en el incendio de tu piel.

En este valle de murallas diminutas, un nocturno necesario es el cielo; el tiempo, fruto que se puede morder como manzana. El silencio ofrece un concierto fúnebre. Un grito tuyo se clava en la pupila de los pájaros y tu beso es el gusano que se desliza por mi espalda, un insecto detenido en mi cadera. Filtra mi sexo el néctar oscuro de las flores.



HÍPICA

La casa amarilla junto al faro abría sus labios, femeninos y ansiosos se tragaban lo que en aquellos días viniera del mar.

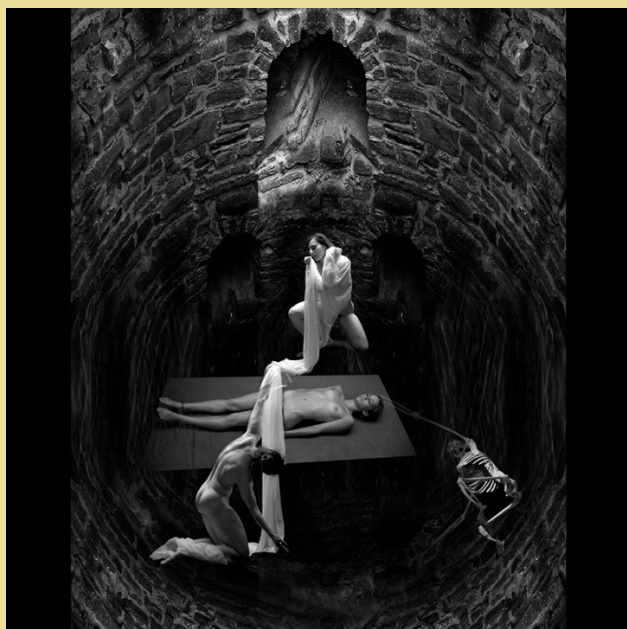
Ahí estaban ellas, las diosas de seda, desnudas y brillantes como velas blancas; los pasillos y alfombras, encajes, joyas, el polvo de oro de las paredes; espejos que devolvían una imagen multiplicada, potenciada, ajena a la simple desnudez: la imagen de la centauresa. Los salones y escaleras me envolvieron en un juego de reglas precisas, en una disciplina lenta y musical. Ahí aprendí a saborear cristales, a beber un alcohol metálico y aperlado; acostumbré los baños de pétalos de flores, semen, diamantes. A fuerza de mirarlas, de respirar su perfume, imitar sus movimientos, me volví tan desnuda como las demás. Muy pronto mi sexo comenzó a oler como el de ellas.

Cumplía con el rito, montaba caballos simula-

dos. Estudié la geografía táctil de los cuerpos para encontrar las secretas relaciones entre la mujer y la bestia.

La ternura de cada movimiento, la dulzura de la violencia, elaborados malabarismos, trucos y técnicas afinadísimas hacían de la doma un baile de complicidad.

Fui otra diosa blanca de pechos púrpura y manos como plumas. Y en su paisaje de espinas y vidrios, ellos a cuatro patas, sometidos por caracoles de metal, por un océano de aguas como piedra: hombres de todas clases, de todas partes del mundo.



FÁBULA DEL PREDADOR

Pasa las hojas de un libro y las sigue con el dedo como se siguen los meses del año. Una lengua de tela le lame los muslos. La noche dormita en sus piernas, las recorre, desciende hasta el tobillo, al pie en que se balancea una sandalia sujeta apenas en la punta. Resplandece unos segundos el empeine de marfil, cuando el talón rosado va y viene, se aleja y vuelve con ritmo marino. Adelante y atrás: mece al universo. Dentro y fuera: reinventa el ciclo de la luna. Él es un fantasma, un suspiro de carne que se entretiene con la danza. El zapato a punto de caer le recuerda un rito antiguo. El instante encarna entre sus manos, solitario y triste como un vello púbico en la tina.

MOSCA

“Mosca” es viejo y apegado a sus costumbres. Su rostro es como un reloj; en él puede verse el paso del tiempo y sus ojos parpadean, musicales, como un segundero. Llega cuando dan las seis de la tarde en su frente. Se sienta sobre un canapé que él mismo trajo porque, dice, necesita sentirse como en casa. Me mira exactamente quince minutos, durante los cuales, yo hago como si estuviera sola: “Mosca” insiste en ello. En

el minuto dieciséis empieza a moverse. Extrae de su pequeño maletín una botella de agua y un papelito doblado. En el papel guarda un polvo del color del moho. Vierte su polvo de cantárida en el agua y la bebe toda. Media hora más tarde, deja el canapé y su expresión se torna febril. “Mosca” ya no es un reloj, sino un corazón acelerado. Danza, salta, corre, casi levita por la habitación. Me acecha, se acerca peligrosamente; pero antes de tocarme siquiera y aliviar su comezón, se aleja y se pega a las paredes para, poco después, intentar otro ataque.

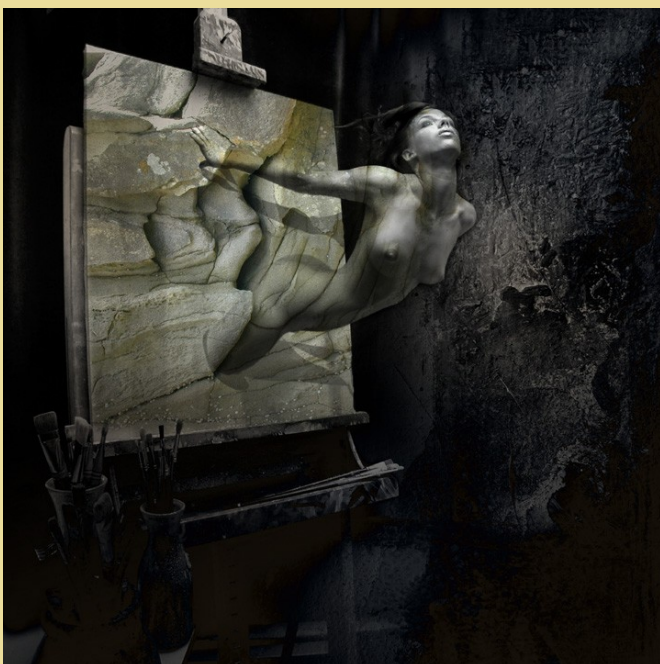
Cuando logra rozarme, o ser un breve soplido sobre el cuello, levanto mi mano contra su cara de horas que pasan a ritmo vertiginoso. Entonces, diminuto, “Mosca” se va por la ventana.



EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

Como bordado en chaquira y lentejuela sobre el barrio más oscuro, el *Encantador de serpientes*.

Entre la luz púrpura que se torna azul aguanarina impera el carnaval de música y cuerpos como fotografías instantáneas. Se dice que los viejos conservan su pasado más allá de la memoria; y así ocurre aquí porque el *Encantador de serpientes* también respira, tiene ojos, sexo, nervios, y lo mismo se pierde o se gana la esperanza bajo su beso de fuego. La medianoche es su puerta más certera; por ella entra todo lo que no tiene nombre o no se atreve a tenerlo, aunque todavía ciertas yerbas crecen a su sombra. A mitad de la herrería del humo de cigarri-
llo, el dibujo ritual de los pies bajo la barra, o sobre las flores secas que caen de los cabellos



puede verse, de pronto, la cola desollada de un dinosaurio. Vienen los que gustan de los sótanos y las azoteas, las mujeres con pico de gaviota, la niña del vestido de novia color musgo, el hombre de la sombrilla que le opaca las pestañas, o unos labios buganvilia marchita. Cada uno de ellos, se desliza muy cerca de la piel astillada de los desconocidos: La ninfa negra busca su nombre entre las piernas del varón. Si no está ahí, puede escribirlo con las uñas. Él se tiende cerca de ella. Las piernas son plumas de pavo que levitan y las lenguas, pétalos encarnados, van de la cintura al cuello, a los tobillos, a la boca de una botella. Ella avanza, retrocede, recibe; toma la botella y derrama el líquido siguiendo el surco vertebral de la espalda masculina. Él destila y derrama sus propios alcoholes, mientras ella acerca la flama de una vela. Lo ve arder y gritar, antes de apagar el fuego con las manos. Interrumpe la escena un destello metálico y erecto. Un cascabel recorre las mesas, los escalones de madera. El amante traza una sonrisa bajo la mueca de horror. El cielo se despoja de sus pieles y una botella respira sobre la alfombra, junto a la mujer del reptil tatuado en la garganta.



VENGO A ABRIR UNA VENTANA...*

Aura María Vidales

Vengo a abrir una ventana en esta pared
para que ya no sea triste la oficina.

A clavar una palabra, un poema
a abrir una puerta a la eternidad de enfrente
a la ciudad que imaginamos, al río,
al tren, a la aventura y una fuente.

Vengo a abrir una ventana, una carta
un telegrama como un espejo
derribar el muro, pasar la muerte.

Para que cada vez que te asomes
y mires tu paisaje nuevo
veas más lejos del horizonte
que sólo lo que amamos puede ser.

*Del libro **Caídas de Agua larga**, Ediciones sin nombre, 2010

TINTA FRESCA

TINTA FRESCA

CAIDAS DE AGUA LARGA*



Foto de Jessica Monroy

Aura María Vidales

Después de un largo silencio, Aura María Vidales, vuelve a las novedades editoriales, si es que un libro de poesía lo es, con **Caídas de agua larga**, bellamente editado por *Ediciones sin nombre*.

Hay una curiosidad malsana en el lector, hasta cierto punto morbosa, por saber si esa ausencia se corresponde con un trabajo superior en calidad, en saber si el estilo, los temas que le han sido caros siguen siendo los mismos, si la frescura, musicalidad, el experimento poético, qué sé yo, es materia para celebrarse. Debo confesar, pues, que salvo unos pocos poemas perdidos aquí o allá, no había leído nada de Aura desde su libro **Cantos para un Guerrero**, y que sí había en mí esa necesidad de saciar mi sed con la lectura de su poesía, pero también existía ese regusto del amante ante la posibilidad de la cita con la mujer a la que se ha deja-

do de ver durante los diez últimos años, y hace todo tipo de especulaciones, partiendo siempre del modelo de su última experiencia. Así llegué a la lectura de **Caídas de agua larga**, y desde el primer momento descubrí que la naturaleza del estilo de la poeta seguía la misma línea de sus libros anteriores, con la diferencia de que exploraba un terreno inédito hasta entonces en ella: la presencia o cercanía de un fin inventado, más mental que carnal, que, aunque sólo como telón de fondo, esto es, más como intuición, como forma de llegar a la experiencia, casi presentida. La primera parte que da título al libro comienza haciendo alusión a las primeras cuatro décadas como una forma de cerrar un capítulo y preparar el principio de uno nuevo. Aura canta al territorio de sus espejos, a la contemplación de la naturaleza: “Amado, muerte a tiempo, estoy aquí tendida, entera”, dice la poeta en una desgarradora imagen por su inclemencia y entereza: “Fui a la lluvia a preguntar qué/ olvidé en alguna parte de la casa/ donde he vivido cuarenta años”. Aura María Vidales sabe que los límites del amor sólo se pueden probar en estados límites, más allá de la muerte, diría Quevedo”, “una eternidad que será nostalgia”, dice nuestra poeta. Y sí, ella ha sido fiel al amor aún en la ausencia, y reclama y desea en medio de la incertidumbre la presencia del objeto de su fidelidad. En una muerte simbólica o no, la poeta vive no el amor del arrebató, carnal, del sacudimiento desgarrador de la carne sino de un amor sosegado, aun cuando la carne planta su reino en el recuerdo. Por ello no es una presencia sino un pasado en constante búsqueda del encuentro, es una urgencia para establecer lazos igualmente intensos, pero unidos por la tranquilidad y serenidad de saber que el amor va más allá de la carne. Sin embargo, aún por el cobijo de la zozobra, la poeta pregunta a un interlocutor sugerido,

no expreso, en relación con el amado: “¿Acaso podrá venir/ a lavar mis límites/ a trotar potro húmedo, fatigado/hasta agonizar en mi regazo/ como si fuera un hijo/ que ahí mismo me naciera?”, y remata la poeta con los versos que me parece resumen la primera parte de ese poemario, y que en cierta medida trazan la línea de todo el libro: “despertar de la vida, del sueño a la muerte/ a una eternidad que será nostalgia”. La muerte, pues, en las visiones del nacimiento.

El sujeto poético es consciente de su lugar y sus cautiverios, se mueve en la conciencia de sus limitaciones, y en los deseos de una noche distinta, permanece cautivo y de alguna manera suplicante porque ello implica trasponer la frontera de lo perecedero para anular el espacio y el tiempo. Tal vez esa contradicción entre el deseo y la posibilidad conduce a la poeta a la conciencia lúcida de esos cautiverios y la capacidad intuida de salir de ellos. A la hora de entender la muerte, del deseo de fusionarse con ella, piensa no en hecho mismo de la muerte como una forma de abandono, de cancelación y ruptura sino como una especie de celebración donde a manera de un rito la materia se ha de purificar por el fuego que a la vez purifica y erotiza: “Suplico morir/en el transcurso de la danza/del fuego purificador y pálido/ que arde y lame la herida/cura y abre una llaga exquisita”. El propio cuerpo es presencia notable, astucia por la palabra y escritura plausible, descriptiva pero también avasallante en el placer por concebir-hablar-relatar el cuerpo propio que sin más, es la prueba más real de la existencia, también de la “vivencia amorosa. Amor y muerte son los elementos que conforman no sólo la estructura de la poética nacional, sino también el conteni-

do de las formas del deseo. Aura María Vidales sabe sobre manera la experiencia del cuerpo, hay huellas que siguen frescas, como también hay pisadas que con el tiempo apenas muestran su tenue inmanencia o de plano, hay pisadas que se han borrado en la oscuridad que a veces resulta ser el olvido

La segunda parte del libro “la luz del tiempo”, pone en escena la celebración del amor erótico –del cuerpo y su memoria– y la celebración del lenguaje, sublimados e idealizados, entrelazados en la experiencia cotidiana.

Conforma así una erótica de la memoria del cuerpo en gozo que reerotiza el propio cuerpo en la escritura. La parte visceral de esta poesía, la proliferación de imágenes sensoriales y metáforas corporales –asociadas, en compleja oscilación, tanto a lo animal como a lo universalmente humano– evoca y hace presente, a partir de la representación del placer de los sentidos.

Es la parte del remanso del libro donde la poeta se ve a través de los otros. Son las historias de los otros que uno se las apropia porque está escrita en ellas nuestra propia historia, o bien son nuestras propias historias que la poeta pone en otras manos para contemplarse desde afuera como si el pasajero contemplara la marcha del tren cuando se aleja sabiendo que él va adentro: “Desde la fisura sostengo un relato para enterrar/el propio olvido.

Sólo agregaré que Varón de miel, la última parte del libro, supongo que algún sentido irónico habrá en el adjetivo, es el sujeto que sujeta y al mismo tiempo da sentido de unidad no sólo a Caídas de Agua Larga, sino a toda la poesía de Aura María Vidales.

Leonel Robles

*Texto leído en la presentación del libro caídas de agua larga

Novedades en solitario

Novedades en solitario

Borrador para no extraviar el viaje

A modo de presentación*

La arbitrariedad, entendida no como inequidad o atropello, sino como apuesta basada en el conocimiento y en cierto margen de intuición y sensibilidad, juega un papel toral en las antologías de cualquier tipo, no sólo en las literarias. La calidad es un sustantivo escurridizo que no depende de fórmulas y ecuaciones cerradas donde los márgenes de decisión son prácticamente nulos, y por lo mismo irrefutables. Le faltaría ese sentimiento de gozo, propio de la antesala de la sorpresa, si en una antología hecha por Octavio Paz y otra por Jorge Luis Borges, por ejemplo, los seleccionados fueran exactamente los mismos en ambas. Hay hombres que prefieren a las mujeres generosas en carnes y otros que se inclinan por las esbeltas, de modo que como seres vivos, y la poesía y el cuento lo son, entran en juego el gusto y la sensibilidad del antologador al momento de la selección. Y es que no puede ser de otra manera. En la antología de jugadores de fútbol, pocos se explican la exclusión de Osvaldo Sánchez y de Sinha, pero Javier Aguirre como responsable de dicho entramado, seguramente tuvo motivos futbolísticos para no convocarlos. En los consensos y discrepancias radica la riqueza del diálogo, de los encuentros, del rechazo, o en el peor de los casos, de la indiferencia: la apuesta reside, pues, en qué tan bien se traza el rostro del material seleccionado, y claro, qué tan

fiel es al momento que se está viviendo, de tal suerte que se siga escribiendo la historia de la literatura de un país, por muy marginal que parezca la muestra elegida.

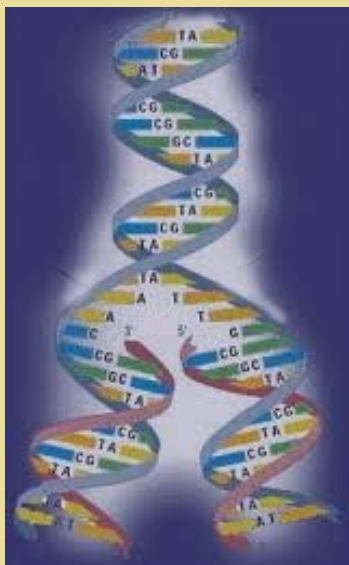
La presente antología de alumnos del CCH es el resultado de los encuentros literarios que, año con año, los responsables de Difusión Cultural de esta institución, en alianza con los de Dirección de Literatura de la UNAM, tienen a bien organizar. Uno de los coordinadores de los distintos talleres del CCH se encarga de la selección final. Este año me correspondió a mí la suerte de ser el responsable. Y digo la suerte, porque hay un gusto hasta ciertamente malsano en la lectura de la riqueza verbal y temática de los textos, para después pasar a darle armonía al cuerpo del libro, con los contornos, tonos, sabores y olores que enviaría más de uno.

Debo aclarar que el encargo, además de delicioso, fue en buena medida sencillo. Había ya una preselección, de modo que sólo tuve que, como ya mencioné, delinear con mejor nitidez la estructura. El orden en que aparecen los autores obedece a un orden alfabético, y creí conveniente no especificar el plantel al que representan, porque si bien es cierto que estudian en un plantel específico, representan a la novísima literatura de México, y al Colegio de Ciencias y Humanidades, así, sin apellidos. Ya tendrán ellos oportunidad de tejer su historia personal donde se aclararán estos datos. Perdón a los historiadores de la literatura por estropearles un poco el camino.

Leonel Robles

*Prólogo del libro Borrador para no extraviar el viaje, antología de cuento y poesía.

Laboratorios en México



Evaluación de laboratorios en México

Acostumbro decir a un amigo, un poco en broma, que él de qué animal se siente más cercano en medio de esta bárbara Ciudad de México. Hablo de los momentos en que los animales se sienten amenazados y buscan una forma de defenderse, de seguir perteneciendo a ese reino,

de alimentarse, dormir y procrear, no más, porque ésa es su condición. Un animal es alimento de otro, así: el pez grande se come al más pequeño porque no tiene forma de defenderse, pero no les causa ningún conflicto porque carecen —Sábado— de conciencia.

No hay diferencia en el hombre ante la fuerza, impunidad, el engaño de otro hombre.

Hace unos días me tocó padecer un pasaje poco grato: mi hijo, de trece años, lo mandaron a realizarse un electrocardiograma como requisito para poder practicar el deporte de moda: el fútbol. El resultado, según la interpretación, supongo del especialista, fue que tenía arritmia sinusal con bradicardia de 53 latidos por minuto, y anticipaba una posible una isquemia apical. Yo no entendía dicho término, claro, pero el nombrecito sonaba aterrador, más cuando me enteré un poco de qué se trataba y de sus consecuencias. El médico, estamos en que lo era,

recomendaba —aquí las recomendaciones son órdenes— que se le practicara una prueba de esfuerzo, que es lo mismo que otro electro, ahora ya no en reposo. Debo aclarar que cuatro meses antes, a mi hijo le habían practicado un electro en el que los resultados no arrojaron ninguna prueba que presumiera alguna alteración, ese antecedente era para mí —después de la sorpresa, la angustia, debido a los resultados— una especie de incertidumbre positiva, aunque no dejaron de sorprenderme los resultados recientes. Llevé la prueba con el médico de deportes y, como suponía, me mandó a sacarle un ecocardiograma, y me pidió la valoración de un cardiólogo. Hice, claro, las dos cosas: fue mi hijo a realizarse el ecocardiograma, en otro laboratorio —el primero fue laboratorios Azteca, y ahora acudí a los laboratorios El chopo—. Fui también con un cardiólogo quien primeramente y para no prejuiciarse me dijo que no quería ver el primer electro, así que le practicó uno él mismo. Hubo una leve alteración en su ritmo, pero normal para él, y la bradicardia era consecuencia del trabajo físico que el niño realiza diariamente, según el cardiólogo. Asimismo, le realizó un Ecocardiograma, sin que encontrara algún problema, además de practicarle una prueba para ver el porcentaje de oxígeno que llegaba a su corazón: el resultado fue del 95%, cifra que para el nivel de la Ciudad de México es ideal, según, también el cardiólogo. Para él, no había ningún problema.

Al siguiente día fui a recoger los resultados del Eco a los laboratorios El chopo. Tampoco hubo resultados del alguna alteración, sin embargo, recomendaban una prueba de esfuerzo. Desde luego, el mismo laboratorio cuenta con los aparatos para dicha prueba, además de que era una prueba cuyo costo

estaba en promoción. Regresé con el profesor del deporte, con la prueba y valoración del cardiólogo. Me regresó a realizar la prueba de esfuerzo para descartar toda posibilidad. Y sí fui nuevamente al Chopo donde me encontré el mismo médico que había realizado la prueba anterior. Después de 20 minutos y viendo los resultados, se despidió diciendo. ¿A quién puede ocurrírsele diagnosticar una isquemia apical en un niño de trece años?



Eso es. Aunque la interpretación masiva de pruebas de laboratorio siga criterios generales, sin tomar en cuenta al individuo, y por lo mismo la interpretación resulta sólo orientadora, la valoración con el cuadro clínico en general parece no tomarse en cuenta. Es decir, y siguiendo el ejemplo de mi hijo, los primeros resultados arrojaron una arritmia con bradicardia, y aun cuando el que realiza la interpretación sabe –porque es su obligación– que es una enfermedad casi nula en niños de esa edad, pronostica una posible isquemia apical. Cuando se analiza el caso en forma particular, y aunque el especialista la descarta, debido al antecedente de otro criterio, se ve en la necesidad, ante la ansiedad o temor del paciente, a realizar nuevos estu-

dios. Y así continúa la cadena persiguiendo fantasmas. No se realizan estudios para confirmar, en este caso, la enfermedad, sino se presume una enfermedad, y se realizan estudios para descartar dicha suposición. ¿Isquemia apical?, ¿Y después?

Un amigo, médico internista, me comentaba que son comunes estos casos, y que él los ve como un negocio de los laboratorios –¿serán capaces?–. Me relataba la experiencia de su madre en un caso parecido al de mi hijo. Después me enteré que casos similares se habían presentado en otros tres jugadores del mismo equipo donde juega mi hijo. ¿Coincidencia?

Por cierto, ¿qué nos estaría contando una persona que no hubiera tenido los recursos o la forma de conseguirlos para realizar unos segundos estudios y tuviera que reposar su desamparo en las salas de espera –qué pertinente nombre– de algún hospital de salubridad pública?

La conciencia, finalmente de las enfermedades en este caso, nos diferencia de los animales. Hay quienes administran muy bien esta conciencia, la conciencia del miedo, la conciencia de la posibilidad del dolor, el desamparo, la muerte: vaya, ¿qué hacer para evitarla?

L.R

ENTREGA INMEDIATA

ENTREGA INMEDIATA

La indolencia: ¿Un mal necesario?

Sentir impotencia es definitivamente la experiencia más desagradable posible, porque uno no puede hacer otra cosa que enojarse, llorar, ofender, o lo que sea, pero no una acción que solucione el problema. Ante esto ¿podemos ver la indolencia como una opción?

Este fin de semana, acompañé a unos amigos a un festival de música “alternativa” (porque ya todo es alternativo). De dicho evento no tengo nada —bueno o malo— que decir, estuvo bien en general. Lo que me tiene tratando de escribir es *El Museo Comunitario* de Tlalancaleca, Puebla. Este museo es pequeño, muy pequeño, de sencillas instalaciones, descuidado e ignorado por la mayoría. La página responsable de su difusión (http://sic.conaculta.gob.mx/ficha.php?table=museo&table_id=230) apenas menciona la ubicación y los horarios, sin imágenes, reseñas, o algo que realmente promocióne el lugar. Desafortunadamente Tlalancaleca no es una zona turística y por esta razón el museo recibe una cantidad anual modesta —muy modesta por lo que se puede ver—, a pesar de resguardar piedras solares, y una de las esculturas más grandes (la más grande si mal no recuerdo) del Dios Viejo del Fuego, que es visitada por los mejores danzantes de México cada año.

Quizá lo anterior no parezca relevante, pues ignoramos aspectos fundamentales de la cultura

todo el tiempo. Y sin embargo yo continuo indignada por las condiciones en las que labora el responsable del museo, cuyo nombre desconozco. Este hombre es una persona muy culta, amable e inteligente, que siempre está dispuesto a resolver las dudas de los visitantes. Las condiciones, insisto, son lamentables para alguien consagrado a la educación y conservación de la cultura en su comunidad. Con una edad avanzada, un malestar en la cabeza, la vista agotada y un reciente problema en el oído, el señor continúa con una dedicación admirable a su trabajo.

Nos dijo que actualmente también trabaja en una tesis, usando una vieja máquina de escribir; y a veces cierra el museo más tarde del horario normal, porque necesita de los donativos para pagar un aparato que podría resolver su sordera y cuesta cinco mil pesos. No fue posible preguntarle más, porque anochece y porque no podía oír nuestras preguntas (razón por la cual no sé su nombre), pese al esfuerzo que ponía en ello.

Pero, ¿qué espero con esta queja?, ¿qué pretendo enviando esto a personas y/o instituciones ocupadas en sus propios asuntos? Como muchos otros, con motivos igualmente importantes para estar molestos, pido que se valore y apoye el trabajo y el bienestar de este hombre; que la UNAM y el INAH, cuyos nombres están en documento referente a la inauguración del museo, dejen de preocuparse sólo por los lugares más visitados, pues la cultura debe ser tenida en cuenta por su aportación a la humanidad y no por su remuneración económica.

La indolencia no es un mal necesario, es una negación de lo humano, una respuesta baja e indigna que demuestra la pérdida de los valores, la

ignorancia, la simpleza y la banalidad de nuestros empeños y pensamientos.

La cultura, el arte y la sociedad deben estar comprometidos con el bienestar de la comunidad, esto es algo que aprendí en La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde estudio Lengua y Literatura Hispánicas.

Jacqueline Morales Hernández

Los Diez primeros números de Péndola

Las publicaciones periódicas (revistas, periódicos) deben buscar la ocasión para detenerse y tomarse el pulso que dé certidumbre de su salud o deterioro de ésta. En el medio editorial, los diez primeros números de la edición de una revista, es el número ideal para confrontar y analizar las propuestas iniciales de dicha publicación con las que en ese momento se proyectan. De entrada, llegar a ese número simbólico ya adquiere matices de celebración, pues aun con las costura o los parches que en algún momento las revistan necesitan, haber llegado a este primer recuento no es tarea fácil, sobre todo en el aspecto económico.

Con todo y que los costos de edición, diseño e impresión se han reducido considerablemente, siempre representa un inversión importante hacer una revista porque se necesita dinero para editarla, diseñarla, imprimirla, distribuirla, promocionarla, presentarla. Pocos de los que se inmiscuyen en el quehacer de una publicación tienen la disposición que requiere echar a andar

una publicación y ya no hablemos de la política editorial, a quién publicamos y a quién no, complicadísimo de determinar y mantenerse.

Al día de hoy, hay que entender que subirse al barco para hacer una revista no es un trabajo simple; trabajo que, además, no se aprende en la escuela, sino en plena travesía cuando ya no hay marcha atrás sin dejar de ser responsables por los que uno contagió de ese fervor por la aventura. Por eso siempre será necesario establecer un compromiso diario con los objetivos que le dan vida a una publicación; aunque los objetivos sean tan ridículos como llegar al número siguiente.

La revista Péndola permanece en altamar, prácticamente con la misma tripulación: son pocos los que se han bajado de ella y muchos han subido a bordo. La revista, al menos ésa es mi percepción, ha cambiado en el trayecto, como es natural, junto con quienes iniciamos esta aventura. Ha servido este trayecto para reafirmar nuestra convicción de que sigue siendo un espacio para fomentar el debate de las ideas, para procurar ser un instrumento de crítica, ser el vehículo entre el intelectual y sus lectores, ser un medio de comunicación de conciencia, ser un cuestionador de determinismos, y un proponente de identidad, y, sobre todo, pretende impulsar, desde todos las aristas posibles, fomentar, difundir el quehacer creativo: ése que nos hace participantes solitarios, lectores de nuestra realidad, autocríticos; es decir, ese quehacer al que bien vale la pena asomarse y saborear sus bondades.

Eduardo Ponce

HABITOS NOCTURNOS

Luis Paniagua

Para Leticia Escareño y Carlos Vieyra

Dispuesto a echar el ancla
al otro lado de los párpados,
es decir, parado en la calle Vigilia s/n,
alargando ligeramente el cuello
para mirar al otro lado
de la esquina,
buscando el timbre
de la casa de Morfeo,
en medio de la noche silenciosa
se detonó un ruido sugestivamente ambi-
guo:

podría haber sido algún vecino
soplándose enérgicamente la nariz
(constipado quizá) y el ruido el aire pa-
sando,
ligeramente atrompetado,
por las cavidades nasales;

podría haber sido algún vecino
acusando con el hálito enérgico
una mala posición, el cuerpo
a cada respiro reclamando su acomodo
y el ruido el aire,
ligeramente rasgueante,
atravesando la garganta;

o podrían haber sido no uno sino dos veci-
nos

(hembra y macho quizá, o quizá no)
afanados en el oficio de bordarse el amor
a / ante / bajo / con / contra / de / desde /
en / entre, etcétera, los cuerpos,
sudorosos y elásticos, vibrando iluminados
como teléfono celular, juguete sexual
o muchacha desnuda en medio de la nieve,
y el ruido, ligeramente inyectado de dolor,
el aire deslizándose, trémulo y entrecorta-
do,
por las cuerdas vocales.

Nunca antes había reparado en la proximi-
dad sonora
de estas tres expresiones humanas,
ni siquiera sé cuál de las tres opciones es
la correcta.

Mis únicas certezas son:

1) que ese ruido sugerente me inspiró es-
tas líneas,

2) que ese ruido sugerente era aire salien-
do de un cuerpo hacia lo oscuro
y 3) que la noche perduró, inamovible.

Margarito Cuéllar

A unas cuadras de Bellas Artes, donde el vate nayarita era festejado por familiares y amigos, hay una librería del Fondo de Cultura Económica. En la mesa de novedades hay cuatro títulos: dos de poesía, uno de ensayos críticos y otro de discursos. Su obra completa brilla por su ausencia: “Nos agarró desprevenidos, hubiera avisado que se iba”, dice uno de los empleados.

La despedida fue en el mismo recinto donde recibiera la medalla de Bellas Artes. Su deseo de que “a la hora de la hora, cuando me vaya con la música a otra parte, me recuerden como un hombre venido de un pueblecito pequeño que se llama Acaponeta, de un estado pequeño que se llama Nayarit; buscando un sitio propio”, fue cumplido.

Flotan en el aire los versos del poema “Anestesia final”: “La muerte bajo el agua/ y la noche navega lentamente./ Herida va mi sangre,/ más ligera que el sueño/ y el despertar sediento del inicial recuerdo./ Una mortal navegación a oscuras,/ marítimo dolor, cristal amargo;/ un estar descendiendo/ sin encontrarse asido,/ como un río que fuera de los pies a las manos/ junto al sopor nocturno;/ un tornar las cortinas de la sangre,/ la boca atropellada de silencios,/ como si labios húmedos/ cayeran en mi huella/ deletreando ausencia entre las manos./ ¿Quién asciende hasta el último suspiro?/ ¿Quién bebe la cicuta del agua entre la muerte?/ ¿Quién destroza el silencio?/ ¿Quién en silencio vive?”

Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos, un instante, en el paraíso. (Jorge Luis Borges).

Aunque le arranques los pétalos, no quitarás su belleza a la flor. (Rabindranath Tagore)

No está mal ser bella; lo que está mal es la obligación de serlo. (Susan Sontag)

Donde brillan muchas bellezas no han de ofender algunas manchas, de las que rara vez se escapa la naturaleza humana. (Horacio)

La hermosura es una tiranía de corta duración. (Sócrates)

Lo admirable es que el hombre siga luchando y creando belleza en medio de un mundo bárbaro y hostil. (Ernesto Sábato)

La belleza es una gran recomendación en el comercio humano, y no hay nadie que sea tan bárbaro o tan grosero que no se sienta herido por su dulzura. (Montaigne)

Es usted la mujer más bella que he visto en mi vida, lo cual no dice mucho en su favor. (Groucho Marx)

Quitad de los corazones el amor por lo bello, y habréis quitado todo el encanto a la vida. (Rousseau)

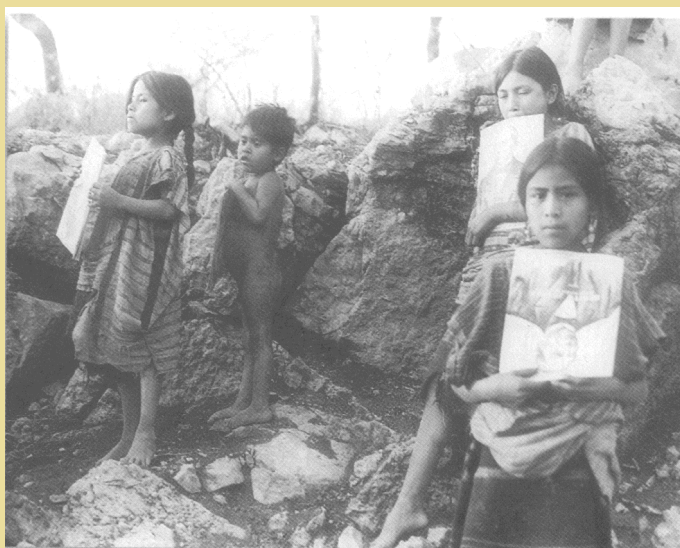
UN MUNDO ÁVIDO DE VER MÁS QUE DE LEER

Dionicio Morales



Dionicio Morales

Ante las exigencias de la información y publicidad, la fotografía amplió considerablemente su espectro en un mundo ávido de “ver” más que de leer las noticias del día. Ciertos fotógrafos profesionales, el maestro Manuel Álvarez Bravo entre ellos, se dieron cuenta de que en ese instante detenido en la memoria de la cámara podría plasmar una imagen inmemorial que no sólo cumpliera con creces su intención primera –informar, informar– sino que, además, bañara de luz las reconditeces más extraviadas y ajenas a los ojos de cualquier mortal donde se anida el espíritu de los seres, de las cosas, de la naturaleza, que únicamente ellos ven y *orfebran* para su desentrañamiento y arraigo universal, como es



Inocencia burlada. 1970

el caso de Héctor García.

Dentro del fotoperiodismo que ha trascendido su época y la función de por sí ya arriesgada, comprometida, de informar, Héctor García, el hijo de la Candelaria de los Patos, el hacedor iconoclasta y profundo del México sin retoque, el que primero dispara y después verigua, el periodista a salto de mata que escribe sus memorias con luz, el andariego



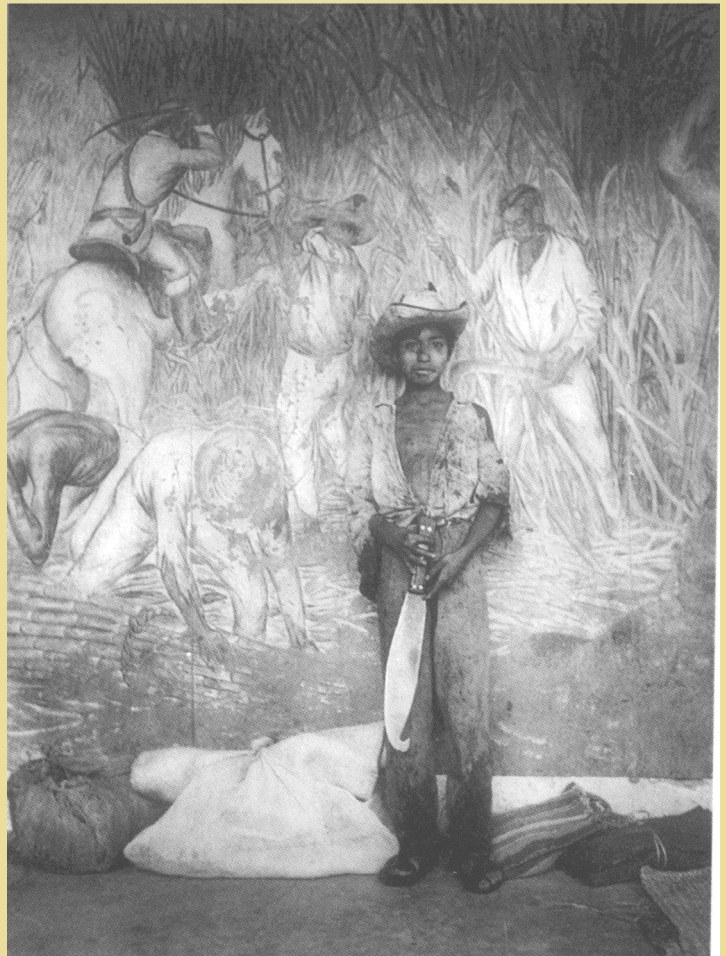
Fellinesca. 1958

que nos hace visible el mundo en las vicisitudes y alegrías de los hombres y las mujeres que lo pueblas, el saqueador de imágenes en ceremonia sagradas, el artillero que apresa manifestaciones y movimientos sociales que mantienen viva la llama de la libertad y justicia, Héctor García, se ha convertido a lo largo d más de cincuenta años en un auténtico reportero gráfico, en guía y maestro, como lo corroboran sus imborrables incursiones en Excélsior, Time, Life, mañana, Hoy, Cruceiros, La Jornada, Vogue, Siempre!

¿A qué se debe? Entre otras cosas, a la hones-

tividad y amorosa decisión de rescatar las imágenes más crueles o dolorosas, reales o suprarreales, oportunas o presentidas, humorísticas o trágicas, de circunstancias o evidencias, que no llegan a colocarnos en la bochornosa situación de sentirnos intrusos o mezquinos al contemplar sus fotografías, o cuando sus fotografías nos contemplan, porque la intención del artista —o del reportero gráfico como a él le gusta nombrarse— no es comerciar, escandalizar o soslayar, sino descubrir, exponer, criticar, asumiendo no sólo su compromiso natural como disparador del obturador de la cámara; también desde su punto de vista ético —el cual abarca, encierra, contiene su verdadero espíritu.

Las fotografías de Héctor García proclaman el testimonio del hombre. Originalmente su obra sirve al marco preciso que delimita la información y le sustrae parte de su vida a través de las más variadas consideraciones de cada lector, pero que de ninguna manera la desgastan, la rompen o le cambian; al contrario, esa rápida, directa y sacudidora impresión le va fraguando ya su permanencia conforme el recuerdo la re-



Niño del machete. 1965

gistra con la finalidad de guardarla, archivarla y evocarla en el momento oportuno cuantas veces sea necesario. Después, sus fotografías abandonan, a pesar de ellas mismas, su refugio diario para incrustarse en el tiempo otro en que el periodismo da el salto mortal hacia el mañana salvándose de un irremediable olvido, de una muerte prematura, o de lo que es más grave, de una ignorada legitimidad.

Los reportajes de Héctor García sobrepasan su proyecto inicial de informador gráfico, cumplido en demasía, y por su perspicacia y voluntad creadora más allá de cualquier falsa sumisión estética vergonzante, los eleva hacia una nueva concepción ensayística, crítica, contribuyendo a una historia fotográfica de la realidad, para que la memoria colectiva —si la hay— no sólo registre los hechos como una pesquisa



Sueño y realidad. México D.F. 1959

más, sino para que trastoque la atracción ocular primera del lector, lo someta a un discernimiento mayor sin caer en retóricas, y le cuente a través de



Administrador celestial. 1960

las imágenes esa “otra” realidad que sólo el poder receloso de un fotógrafo como él, atrapa, hace visible y perpetúa. Después de esa experiencia fotográfica inusual, los lectores ya no seremos los mismos. Cuando se hable de fotoperiodismo en México se dirá: antes y después de Héctor García.

FOTÓGRAFO DE LA CALLE

Héctor García como ningún otro se ha ganado a pulso que se le conozca como “el fotógrafo de la calle” por excelencia —aunque hay cientos—, porque ha encontrado, o mejor dicho ha descubierto, mucho de las profundidades del ser del mexicano que vive, ama y padece esta ciudad. La huella de sus imágenes sobre la ciudad de México es imborrable como la de José Revueltas en algunos de sus cuentos y novelas, la de Sergio Magaña en su teatro y prosa, y la de Efraín Huerta en sus poemas de odio y amor. Desde sus primeros años, como morador y espectador furtivo, se vio obligado a ganarse la ca-

lle y resultó que la calle se lo ganó a él. Su vocación de reportero gráfico, político, creador —todas en una—, alcanza alturas insospechadas en su fotografías. Los espacios abiertos son campos naturales para la penetración de su labor. Con él no hay poses que valgan, ni retoques, ni ángulos; hay ensayos de una primera y única vez: hay instantes dignos de perpetuarse.

Sus búsquedas casi siempre son encuentros —como quería Picasso—. Su voluntad es férrea, su ir y venir no conocen tregua. Testigo de su tiempo, en su archivo, con más de un millón de negativos, está parte de la historia contemporánea de México. Cuando digo México no me refiero sólo a la ciudad capital sino a todo el territorio, porque sus incursiones no han evadido montañas, lagos desiertos, mares, selvas.



Atisbando el porvenir. 1960

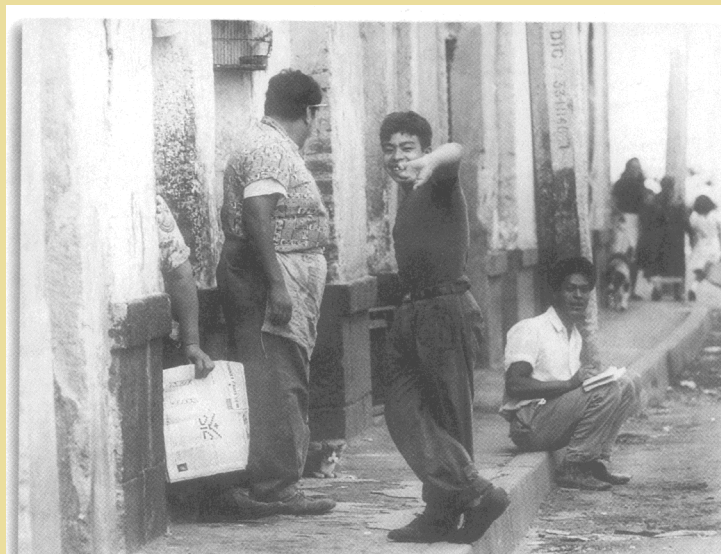
Ha realizado ensayos fotográficos en las ceremonias rituales más representativas de las etnias nacionales. Han dado la vuelta al mundo sus reportajes sobre los coras, mayas, otomíes, tepehuanos, purépechas. Ha “cartografiado” las zonas y los trabajos petroleros de Tabasco y detenido las luces y las sombras, los oropeles, las chaquiras de las

vedetes en carpas, teatros y cabarets. Continuó con devoción y gloria, el trabajo de sus maestro Álvarez bravo con los “tres grandes” del muralismo mexicano: José clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros. Ha grabado la memoria de los movimientos sociales más importantes de nuestro país en la segunda mitad del siglo XX: el de los ferrocarrileros, el de los maestros, el de los estudiantes en el 68.



Cada quien su grito. 1965

Andariego, ha viajado por el mundo en varias ocasiones en giras presidenciales, con becas o sin ellas, en plan de estudio o de trabajo. Sus fotografías forman parte de colecciones privadas y de museos y galerías importantes. Francia, Italia, Estados Unidos, Japón, Alemania, España, Suecia, Argentina y Cuba, entre otros países, han admirado su fotoperiodismo. Ilustró libros de Salvador Novo, Fernando Benítez, Carlos Monsiváis. En 1972 se hizo acreedor al premio al mejor filme etnográfico en el Festival Popoli de la ciudad de Florencia, Italia. El Premio Nacional de Periodismo le ha sido otorgado en tres ocasiones, 1958, 1968 y 1969. No da un paso hacia la calle sin su cámara fotográfica; como él mismo



Caracolitos, Candelaria de los patos. 1955

confiesa: cuando voy a salir, se me pueden olvidar hasta los calzones pero no mi cámara.

Desde sus inicios como reportero gráfico hace ya más de cincuenta años, ha recorrido largo trecho y, sin proponérselo, por esa fidelidad indestructible a su oficio original, ha llegado a ser orfebre y maestro. Sin él nuestra Ciudad de México no sería la misma ni el mundo se nos hubiese entregado con tanta claridad. Muchas de sus imágenes realistas, relampagueantes y oportunas de su obra, gracias a su magia y a su genio, descansan ya manchadas de eternidad.

... bajo la guía de Gabriel Figueroa y de Manuel Álvarez Bravo aprendí el oficio y los secretos de la fotografía. Desde luego Álvarez Bravo me impactó más plenamente, tanto por su capacidad y su maestría técnica, como por su conocimiento y explicaciones sobre la historia y el modo de creación y, por supuesto, el ejemplo de su propia obra. Dos años de permanente y cotidiana enseñanza y aprendizaje me dieron las bases para una concepción y manejo del oficio, a la vez, principio del trabajo de fotografía informativa en la revista. H.G.